

HERNÁN HERMOSA MANTILLA

El vuelo
de las
arpías



Universidad Politécnica Salesiana

Las “arpías” de esta novela son mujeres marginales que escapan del discrimen urbano que las denomina así por su aspecto nada convencional. En su escapatoria, pasan por la región montañosa donde encuentran un monasterio que les permite servir de vigilantes temporales a cambio de alimentos. Los monjes del interior ignoran lo que sucede afuera y celebran la ceremonia del vino con frutos de la región, salvo un relacionista anciano que se pasa observando con binoculares algo que nadie entiende. El único vínculo entre el interior y las “arpías” es la gestión del monje cocinero y el nuevo relacionista en la recolección de moras silvestres para la producción de vino. Todo transcurre con normalidad hasta que, por casualidad, ellas descubren un santuario de plantas en peligro de extinción protegido por los monjes. Este evento lo precipita todo, obligándolas a levantar el vuelo como arpías de verdad.



ISBN: 978-9942-699-21-3



9 789942 699213



ABYA
YALA



1975-2025
50



El vuelo de las arpías

Hernán Hermosa Mantilla

El vuelo de las arpías



ABYA
YALA

2025

EL VUELO DE LAS ARPÍAS

Hernán Hermosa Mantilla

1ra edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE EDUCACIÓN
INTERCULTURAL BILINGÜE

Diagramación: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

ISBN impreso: 978-9942-699-21-3

ISBN digital: 978-9942-699-22-0

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.109>

Impresión: Ediciones Abya-Yala
Quito-Ecuador

Tiraje: 300 ejemplares

Impreso en Quito-Ecuador, marzo de 2025

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana

*“... la vida es paródica
y necesita una interpretación”*

Georges Bataille

CAPÍTULO I

—Ya es hora de volar —se escucha a la hija de la doña.

El grupo de mujeres marginales que desde hace tiempo sobrevive bajo el antiguo municipio, escucha sin mayor atención porque dentro de su somnolencia, es lo único que rompe el silencio.

—Otra vez con la misma cantaleta —se incomoda una de ellas.

La hija adolescente de quien lidera a las marginales, que viven de la beneficencia del mercado de alimentos, se dispone a salir a la escuela entre los cuerpos semidormidos de otras mujeres.

—Tú no deberías pensar en volar —le recuerda una de ellas—. La enfermedad de la doña te obliga a estar a su lado.

Pasado el mediodía, ella recibe los alimentos que les deja la camioneta del mercado, y dispone que otras mujeres los recojan mientras se lamenta del deterioro de su madre y la injusta realidad que los mantiene en la indigencia. Regresa a la barraca y encuentra a su progenitora dormida, más por el efecto de los tranquilizantes que por el sueño que ya no le acompaña. Cuando la madre siente la hija a su lado, empieza a balbucear algo que en los últimos tiempos se ha vuelto una constante.

—Después de mis días —hace pausa—, será tu responsabilidad guiar el destino de nuestras arpías.

—Arpías, ¿por qué?

—Brujas, arpías, de todo —se esfuerza en articular palabras—. Nos dicen de todo, pero en el fondo arpías se ajusta más a sus intenciones. Tendrás que buscarles otro lugar porque del futuro no sabemos nada, y el pasado es cosa juzgada. ¿Qué más puedo dejarte sino el mando de los despojos?

—Buscaré un lugar donde podamos vivir sin ser blanco de las miradas que nos tildan de arpías —le dice al oído—. Espero que el contacto con la naturaleza nos permita realizarnos como personas.

La madre enferma sonríe a pesar de sus dolencias y aprieta la mano adolescente a su pecho. Draga peina con los dedos la cabellera de su madre, en un lenguaje gestual que solo ellas se entienden.

—Quiero que lleves este recuerdo en tu pecho —la doña pone en su mano el escapulario que le acompañó toda su existencia—. Puedes refugiarte en él cada vez que me necesites.

Ya es tarde y el cielo amenaza con lluvia torrencial. Es la ocasión para que las mujeres más fuertes salgan a extender sus plásticos monumentales por todos lados. A momentos se ofrece una que otra fuera de sí, pero la ayuda es tan limitada que ellas mismas prefieren multiplicarse para conjurar el peligro. Llueve torrencialmente y el agua se transforma en lodo, inundando como río todas las improvisadas barracas.

—¿Quién velará por nosotras cuando la doña no esté? —susurra con preocupación una de las mujeres.

La muchacha saca la cara y luego todo el cuerpo para pronunciarse.

—Yo, Draga, la hija de la doña seguiré con ustedes para lo que sea.

Las mujeres se aproximan completamente mojadadas y cubiertas la cabeza con plásticos, y aplauden el compromiso de la joven. Ella devuelve el aplauso de la misma manera para sellar el pacto.

—Ya podemos estar tranquilas sabiendo que alguien velará por nosotras —comenta otra, mientras se retiran en grupo.

El paisaje de miseria parece tener los días contados porque, cada vez, las políticas de regeneración municipal amenazan con desalojarlas. Muchas de ellas no miden la realidad porque viven narcotizadas, solo Draga, aunque adicta como todas, destaca por su juventud y momentos de lucidez, sobre todo siendo heredera de la doña que vive sus últimos días. “La sociedad inventa fantasías para ocultar sus miserias y tilda de arpías a quienes no encajan en su forma de vida para quitarles del paso, pero es seguro que nadie se preocupará de nosotras”, piensa, “debemos buscar espacios distantes porque tarde o temprano nos expulsarán de la ciudad”.

Esa noche Draga no puede dormir, no solo porque le faltan tranquilizantes para mantenerla en órbita,

sino que tiene sobre sus espaldas la responsabilidad de esas mujeres en busca de nuevos derroteros que las permitan existir sin afectar a nadie. Pero al otro día su madre se pone muy mal y tiene que llevarla al hospital donde permanece por algunos días, hasta que sucede lo peor. Todas las mujeres que ocupaban las ruinas del edificio patrimonial asisten al funeral a lo largo de todo el día, pero cuando regresan, se encuentran con personal del municipio rodeando por completo el lugar sin permitirles su ingreso.

—¿Dónde está la orden de desalojo? —grita Draga quitándose el turbante amarillo.

Ese momento se aproxima el comandante de la intervención con dos gendarmes de escoltas, saca un documento y lo extiende ante sus ojos.

—¡No me interesa sus argumentos! —arrancha el papel y lo despedaza.

Los gendarmes se interponen y la arrastran al patrullero, mientras las otras mujeres son obligadas a subir a los camiones con sus trapos y tereques arrancados de las ruinas.

—¿A dónde quieren llevarnos? —grita Draga desde adentro.

—Ellas irán a donde les corresponde —ironiza el funcionario—, pero tú irás a la cárcel por destruir documentos oficiales.

Los camiones empiezan a salir uno tras otro, para dirigirse en dirección contraria a la estación de Policía.

—Ya tendrás noticias de ellas —ironiza el funcionario mientras avanzan a su destino.

A ella le da lo mismo gritar o preguntar, porque los funcionarios no responden más allá de sus propias conveniencias, hasta que llega a la Policía donde observa muchos periodistas que se cruzan de un lado para otro como esperando un acontecimiento. “Por fin este atropello será de conocimiento público”, se llena de coraje para decir sus verdades. Pero al salir del vehículo policial se da cuenta que la convocatoria tenía otras motivaciones ajenas a su circunstancia. Le encierran en una celda sin registro ni protocolos que dieran cuenta de su presencia donde pasa tres días y sus noches. “¿A dónde llevarían toda mi gente?”, piensa con preocupación, hasta que se le viene a la mente las palabras del funcionario que la detuvo: “Ellas irán a donde les corresponde”. Ese momento toma el escapulario para lanzar su interrogante:

—¿Cuál podría ser el destino de nuestras marginales? —intenta asociar ideas.

Pero había que dejar de preguntar y, más bien, ponerse en las botas del otro para encontrar respuesta a las preguntas, hasta que el carcelero abre la puerta para que ella vuelva a la calle. Camina y camina, dejándose llevar por el instinto. “Espero encontrarlas muy pronto porque es mi deber conducir las lejos del bullicio y las miradas acusadoras de la gente”, razona ella.

Poco tiempo después, los predios patrimoniales comienzan a ser derrocados porque las marginales lo habían “desocupado” como por arte de magia. Pasan los días y todo el legado de esas mujeres parece quedar sepultado para siempre. ¿A quién podría interesar esas maltrechas criaturas que por un tiempo alteraron el ornato de la ciudad?

La muerte de su madre sume a Draga en una depresión sin límite, tanto que desaparece del radar narrativo. Pasan las semanas y esas mujeres que han sido encargadas en una clínica de reposo fuera de la ciudad se sienten desprotegidas sin la doña ni su hija que había ofrecido ayudarlas.

Pero, cuando todo hacía pensar que sus años de apertrecharse en el antiguo municipio de la ciudad para tapar la miseria humana, era cosa del pasado, un zumbido persistente como de abeja las vuelve a la realidad.

—¡Pst!, ¡pst!, ¡pst! —se escucha en el círculo de mujeres que toma sol en el patio posterior de la clínica.

El llamado es tan insistente que empieza a ganar la atención de ellas, sobre todo, de quienes no se han dejado vencer por la monotonía. Por suerte las arpías se han juntado en los linderos del patio posterior y se miran una y otra vez, a la par de los llamados, hasta que parecen ponerse de acuerdo en la complicidad del silencio con un guiñar de ojo.

—¡Al fin las encontré! —aparece Draga en una de las sillas vacías—. Ya podemos reunirnos en otro lugar porque aquí nadie nos sacará del anonimato. Nos llaman arpías para quitarnos del paso, pero ese estigma será nuestra bandera.

Con el peso del encierro parece que las mujeres han perdido su voz, o al menos la sensibilidad de hablar, pero, poco a poco, ese lenguaje mudo de las miradas se estimula con el ánimo que les imprime la hija de la difunta.

—Todos nos desprecian por arpías —se le ocurre comentar a una de ellas.

—Al contrario —anima Draga—. Podemos sacarle provecho a eso y convertirnos en verdaderas arpías cuando estemos en peligro. ¿Qué les parece?

Ellas se miran las caras, se les ilumina el rostro, sonríen y asienten con la cabeza.

—Solo espero juntar cabos y les avisaré cómo reencontrarnos —se despide Draga dejándolas con la ilusión a flor de labios.

Asombrosamente las mujeres, que tienen la marginalidad en común además de un sendero de nuevas realizaciones, recuperan el habla y empiezan a bromearse como quien espera días mejores.

Al otro día vuelven a reunirse las mujeres que trajeron las autoridades del municipio, creando sospechas en los psiquiatras por el inusitado fervor que ponen a sus encuentros.

—Observa qué se traen entre manos esas mujeres —dispone el supervisor al encargado de la limpieza—. A lo mejor se está cocinando algo que nos puede alborotar al resto.

—¿Algo como un incendio? —se asusta el empleado—. ¿No será mejor llamar a los bomberos?

El supervisor ignora su inocencia porque no les ha quitado los ojos de encima a la distancia, y le despacha cuanto antes para que cumpla su encargo de pesquisa. Al poco rato, el empleado regresa atropelladamente y les da la voz de alarma.

—En efecto... —se da pausas para recuperar el aliento—, esas mujeres preparan algún rito satánico. Debemos hacer al...

—¡Spam!, ¡spam!, ¡spam! —revientan globos en el patio posterior.

Se escucha lamentos de otros ancianos que se precipitan por todos lados con el ánimo de ponerse a salvo. Si bien no se trata precisamente de una explosión, un atentado, ni algo por el estilo, ha movilizad a los guardias que se acercan al lugar para armar el rompecabezas que les permita entender el mensaje.

—No hay duda de que se trata de una travesura de la segunda infancia —comenta el supervisor—. Algo como el instinto rapaz de la mitología griega.

—¡Piiii!, ¡piiii!, ¡piiii! —suena el timbre de alarma que pocas veces utilizan.

El supervisor y los guardias se ponen a la defensiva y buscan en todas direcciones, comprobando que las habitaciones, incluso las de los pacientes que pagan su pensión están vacías.

—¡Esto es una emergencia! —se ve asustado el director—. No me importa que esas mujeres hayan escapado, pero que desaparezcan los pensionistas... sería una tragedia que la prensa nos puede dejar mal parados.

Al poco rato, periodistas y familiares de los internos tienen cercada a la clínica de reposo, husmeando por las rendijas algún indicio de alarma.

—Nada que lamentar, señores —declara el director desde la puerta principal—. Solo un agujero en la pared posterior por donde escaparon esas mujeres que nos encargó el Municipio.

—¿Hay pérdidas humanas? —pregunta una reportera de televisión.

—De ninguna manera —contesta el director—, solo un pequeño susto que ya se aclaró para volver a la normalidad.

—¿Cuántas mujeres escaparon? —pregunta otro.

—Todas —dice el director—. Pero los familiares de nuestros pensionistas pueden estar tranquilos porque al fin podremos atenderlos como se merecen.

—¿Pondrán la denuncia en los organismos competentes para el retorno de las escapadas? —siguen preguntando los periodistas.

—De ninguna manera —se dispone a dar por terminada la declaración—. Más bien les agradecería dejarnos retomar la tranquilidad cotidiana.

Con las declaraciones del director y la retirada de la prensa, los pacientes pensionistas empiezan a salir de sus escondites en baños, armarios y debajo de las camas. Esa actitud devuelve el alma al cuerpo a todo el personal que retoma las actividades como si nada hubiese pasado, de manera especial, borrando las evidencias del escape.

Las autoridades metropolitanas, por su parte, siguen sus indagaciones de campo hasta los linderos del Distrito, sin encontrar rastro alguno.

—No hay mal que por bien no venga —se consuela el director de la clínica—. Ese inesperado suceso nos quitó una piedra de encima.

Entre tanto las mujeres desfilan a lomo de caballos que Draga, la salvadora, se ha conseguido en alguna parte del planeta. Ellas saben que lejos del Distrito no existe poder humano que se interesara de su suerte, de manera que avanzan sin preocupaciones por senderos que los mismos caballos se encargan de llevarlas sin que alguien los dirija. Al cabo de una larga travesía, el grupo de mujeres, sin saber cómo ni cuándo, llegan a un sitio que les llama poderosamente la atención.

—Es verdad que nuestro destino está en tus manos —aborda una de ellas a la jovencita que las conduce—, pero al menos queremos saber a dónde nos llevas.

—¿No les agrada el paisaje, la naturaleza, las montañas?

—Claro que sí —sonríe como reflejo otra de ellas—. Hasta empiezo a sentir que estamos en el paraíso.

—Digamos más bien que estamos en las alturas, cerca de las nubes, aire puro... incluso a las puertas de la santidad —responde Draga.

—De veras que estamos en santidad —asevera Duna que está junto a la jovencita—. Hasta logré distinguir unas cúpulas como de Santuario.

—Monasterio —corrige Draga—. Estamos frente a un monasterio donde los monjes viven entregados a la oración.

—¿Quieres decir que de arpías urbanas nos volveremos arpías de la montaña? —sorprende otra que poco interviene.

—Pongamos las cosas en su lugar —aclara la jovencita—. El hecho de que nos llamen arpías, no quiere decir precisamente que seamos arpías, ¿o sí?

Hay un prolongado silencio de todas las mujeres, incluso a momentos, una que otra risita de complicidad.

—Si de alguna manera lo de arpías se hizo carne de nuestra carne —comenta otra vez Duna—, ¿por qué no considerarnos arpías para sacarle provecho al asunto?

—Aunque sigamos siendo arpías ante los ojos de la ciudad es mejor virar la página —salta la lideresa—. Eso permitirá acercarnos a los monjes con la cara limpia.

—Siempre la tuvimos limpia —aclara Brisa muy animada—, por más que los ciudadanos se encargaban de ensuciarnos.

Todas las mujeres aplauden esa reflexión.

—Solo quisiera saber qué podríamos ofrecer a los monjes —retoma Brisa señalando las maltrechas facciones de todas las mujeres—. ¿Acaso nuestros cuerpos?

—¡Imposible! —se molesta Draga—. Por ahí no es el asunto, si queremos prevalecer en el tiempo debemos actuar con inteligencia. Aquí tengo estos binoculares para detectar cualquier movimiento a la distancia, pero piensen que los monjes estarán haciendo lo mismo, de manera que cuidaremos de que no se den cuenta que también los estamos observando.

—Nos dejaremos ver con normalidad —vuelve la sensatez a Duna—, como si se tratara de un asentamiento cualquiera que busca sobrevivir en la adversidad.

—Eso estuvo mejor —se anima Draga—. Ya se darán cuenta que somos mujeres de paz y se acercarán con su espíritu cristiano. Ese será el momento para hacer algún trato.

—¿En calidad de qué? —pregunta alguien que se anima a tomar la palabra—. ¿De arpías?

—Fuimos marginales y no tenemos por qué ocultar —enfatisa Draga—. La sociedad con sus excesos

nos bautizó de arpías para quitarnos del paso y tuvimos que subir a las montañas. Así lavaremos la imagen a la sombra del monasterio.

A partir de ese momento, todas las mujeres trabajan por ese objetivo, unas construyendo las rústicas paredes de una vivienda colectiva, otras recogiendo leña para cocinar, otras arrancando frutos silvestres como una verdadera hermandad que busca sobrevivir.

Pasan algunos días y las mujeres empiezan a impacientarse porque no ven resultados.

—Parece que falló nuestro plan porque los monjes ni se inmutan —comenta Duna.

—Paciencia, paciencia —trata Draga de controlar la situación—. Recuerden que son monjes de oración y no pastores de ovejas que pueden acercarse con facilidad. Es mejor que nos sigan observando y se den cuenta que no somos de cuidado.

Hasta que por fin las incansables miradas de las mujeres buscando algún indicio para el acercamiento a los monjes empieza a dar sus frutos cuando descubren, no precisamente monjes, sino ladrones sacándose costales por un foramen en las paredes posteriores del monasterio.

—No los pierdas de vista para saber qué hacen con esos costales —encarga Draga los binoculares a otra persona—. Yo me encargaré de armar una ofensiva contra los ladrones para ofrecer vigilancia en los alrededores del monasterio.

Al poco rato, descubren la hondonada donde esperan seis caballos para llevarse toda la carga que esperan sacar.

—No puede haber mejor oportunidad que esta —se frota las manos Draga—. Los ladrones estarán tan confiados en llevarse el botín que no podrán imaginar que un grupo de mujeres les sorprenda con las manos en la masa.

El plan funciona a la perfección y, mientras ellas logran emboscar a los desconocidos ante su sorpresa de ver tantas mujeres juntas, Draga y Duna van a golpear el portón del monasterio.

—Atrapamos a unos ladrones sacando costales por un foramen tras el Monasterio —informa Draga con la determinación del caso.

—Y ¿quiénes son ustedes? —se muestra confundido el monje portero—. ¿De dónde salieron?, ¿cómo sabemos si nos dicen la verdad?

—Somos diez marginales que sobrevivimos en esos peñascos —señala Draga con el dedo—, y casualmente descubrimos movimientos sospechosos tras el monasterio que nos llamaron la atención. Pero era obvio que se trataba de un robo y acudimos de inmediato.

—¿Y lograron atraparlos?

—Por supuesto, estimado monje —responde Draga con toda seguridad—. Y no solo que los atrapamos, sino que les daremos su merecido.

—Ustedes llegan como enviadas del cielo porque estos ladrones nos visitaban desde hace rato —exclama el monje portero—. Aunque de esto no debería enterarse nadie, buscaré la forma de compensarles.

—Mejor negociemos —propone Draga—. Nosotras podemos vigilar permanentemente los alrededores del monasterio.

—Y el monasterio podría facilitarnos comida, ¿qué les parece? —acepta implícitamente—. Les enviaremos un emisario para que sirva de nexo.

El monje portero activa de inmediato la cuadrilla de seguridad, unos por dentro y otros por fuera, hasta constatar el foramen en el muro y la captura de ellas. Los ladrones son obligados a devolver la carga a su santísimo lugar y advertidos de que el monasterio ya cuenta con una guardianía de armas tomar.

—Momento, momento —les detiene Draga—. Antes de dejarles en libertad, les daremos un escarmiento por todo lo que pretendían robar.

De esta forma, los tres ladrones se ubican en el paredón para recibir los latigazos que le corresponde a cada uno. Entretanto la cuadrilla de seguridad de los monjes sella el foramen de la pared posterior.

Cuando los monjes se retiran satisfechos del trato, al fin Draga logra exhalar un suspiro de satisfacción ante sus compañeras.

—Conseguimos comida para todos los días a cambio de vigilancia —exclama ella—. En reciproci-

dad, a partir de este momento, vigilemos las cercanías del monasterio.

Las marginales que se instalaron en los peñascos para sobrevivir, empiezan a pensar que podrían aproximarse al portón del monasterio para cumplir su encargo de mejor manera.

CAPÍTULO II

Al interior del monasterio la vida sacramental sigue su curso. Pocos se enteran de lo que sucedió hace poco, pero el viejito relacionista a quien pocos creen sus historias porque dicen que hace rato perdió la cordura, instala como siempre su telescopio en el tejado.

—¿Qué hace allá arriba, hermano relacionista? —le sorprende el Superior—. ¿Contemplando las nebulosas?

—Acabo de detectar movimientos extraños en los peñascos.

—Encárguese de averiguar si son seres de este mundo —dispone el Superior sin quitarle la mirada de encima—. A lo mejor tendremos que replantear nuestras plegarias.

—Parece que son de este mundo porque se ven maltratadas —no se mueve de su telescopio el viejito relacionista—. Mejor suba a comprobarlo con sus propios ojos.

—Esa tarea la encargo a usted —pretende seguirle la corriente—. Pero no olvide tenerme al tanto de todo.

Al siguiente día, el Superior encuentra un escrito sobre su mesa: “Se trata de seres terrenales de género femenino que lograron instalarse en los peñascos del frente. Parece que buscan el aire puro de las montañas”.

El Superior se sorprende del mensaje que ha dejado el viejito y escribe su respuesta para dejarla clavada en la misma escalera por donde trepa todos los días: “Muy buen trabajo, hermano relacionista. Sería bueno saber de cuántos seres se trata, el rango aproximado de edades y sus hábitos alimenticios. Además, si existen niños, y qué particularidades tiene su líder”.

Pero al otro día los dos personajes se encuentran de casualidad en el pasillo, justamente cuando el monje viejito termina de bajar las escaleras con el telescopio al brazo.

—Quisiera aprovechar esta casualidad para informarle —empieza solemne el viejito—. Son como diez mujeres de mediana edad que se alimentan de vegetales. No veo hombres ni niños, solo mujeres. En cuanto a quién lidera, hay una muchacha que lo tiene todo bajo control. ¿Algún otro encargo para mañana?

El monje Superior no atina a entender cómo un grupo de mujeres podría sobrevivir en los agrestes peñascos del frente y, sobre todo, está sorprendido de la lucidez del viejito relacionista. “Debo descifrar el misterio antes de quedar en ridículo”, piensa.

—No entiendo qué hacen unas mujeres en ese asentamiento —comenta el Superior al monje viejito—. ¿Por qué no averigua personalmente y salimos de dudas?, y de paso pregunte cuál es el nombre de quién lidera al grupo.

El monje relacionista deja la escalera a un lado, encarga el telescopio al Superior, y se dirige a cumplir el encargo en los peñascos del frente. Entre tanto, el Superior que no se aguanta la curiosidad, decide subir al tejado con el telescopio en la mano. Enfoca el objetivo y se da cuenta que el relacionista estaba en la razón. “En efecto veo mujeres alrededor de una fogata”. El Superior se baja de la escalera y al cabo de tres horas espera al comisionado que se acerca a caballo junto a dos monjes que le acompañan.

—¿Qué es lo que hacen esas mujeres ahí? — pregunta el Superior.

—Parece que solo protegerse con el manto del monasterio — responde casi con gestos porque se ve muy agotado.

—¿Seguro que solo eso? — se niega a aceptar—. ¿O será un comando de mujeres arpías que quiere sorprendernos?

—Algo tienen de arpías porque vienen de la ciudad que las despreciaba por su aspecto deprimente — el viejito se deja desmontar del caballo—. En cuanto a quien las comanda es una jovencita de nombre Draga que está dispuesta a dialogar.

—¿Arpías dispuestas a dialogar? — el Superior se rasca la barbilla—. Me late que buscan esconderse en alguna parte porque las persiguen.

—O alguien las expulsó porque no tienen oficio ni beneficio — completa el monje viejito—. Dicho de otra manera, seres que no tienen dónde caerse muertos.

El Superior se siente preocupado por estas marginales en las cercanías del monasterio y, sobre todo, siente remordimiento por desconfiar del viejito que estaba en sus cabales.

—No podemos refugiarles adentro —le dice en voz baja y casi al oído el Superior—, pero al menos intentaremos cubrirles con nuestro aliento.

Los monjes que le acompañan se llevan al viejito casi arrastrando del cansancio. Entre tanto, el Superior se acerca al monje portero con el ánimo de aclarar ciertas sospechas.

—Entiendo que usted tendrá algo que añadir a todo este suceso.

—Un poquito más, claro que sí —afirma el monje.

El Superior le invita a salir de su garita para seguir conversando. El encargado de la portería deja su puesto a los auxiliares y se dispone a señalarlo todo.

—Me tiene intrigado, pero no quiero adelantarme —se queda mirándole el Superior—. Cuénteme, hermano portero, que estoy curioso de saberlo.

—Esas mujeres ya tuvieron un primer acercamiento para informarnos que observaron desde su reducto que nos estaban robando y vinieron en nuestra ayuda —empieza a confesar.

—¿Por qué no me informaron de ese particular? —se molesta el Superior—. Pero ¿se logró controlar la situación?

—Solo buscaba un momento como este para no causar revuelo —sonríe el monje portero—. Todo lo afrontaron ellas satisfactoriamente.

—¿Quiere decir que les debemos favores?

—Nos cuidaremos mutuamente de cualquier adversidad.

—Si así están las cosas, prefiero que se acerquen un poco más para tenerlas de aliadas —dispone el Superior.

A media tarde, cuando los monjes hacen la siesta en sus habitaciones, un inquieto ayudante de cocina se desliza suavemente por las gradas del monasterio hasta internarse en la biblioteca, buscando alguna rendija por dónde espiar a las extrañas visitantes que se han apostado en lugares estratégicos de las afueras del monasterio. Hasta que detrás de una repisa de libros medievales encuentra una piedra movediza. Muy emocionado, la retira para sacar su cabeza y observar las barracas de esas mujeres que se han tomado lugares cercanos al monasterio, preguntándose en voz alta: “¿Qué es esto?”

—¿Quién habla? —pregunta de inmediato una voz desde fuera.

El joven ayudante de cocina, que es nuevo en el monasterio, se asusta y encoje su cabeza atropelladamente, dejando libre el agujero.

—¡Acércate!, ¡acércate! —se deja ver una joven-cita que hace gestos con su mano.

El joven cocinero gana confianza y regresa su cabeza al agujero para entablar una conversación con ella.

—¿Quién eres tú? —pregunta el aspirante a monje desde adentro.

—Una de las arpías que vigila el monasterio —responde.

—¿Por qué arpías? —se sorprende.

—Porque así nos bautizaron los verdugos de la ciudad y terminamos acostumbrándonos —responde de inmediato—. ¿Cómo podríamos despojarnos de ese nombre sino es de esta manera?

—Al menos vivimos en una burbuja donde los códigos son diferentes —pregona el monje—. ¿Cómo te llamas?

—Aquí en el bajo mundo me conocen como Draga.

—¿Dragadicta? —bromea el ayudante de cocinero.

—Son las señas particulares que nos identifican —acepta convencida de lo que dice—. ¿Y tú qué pito tocas allí adentro?, ¿también eres monje?

—Hago votos para serlo —responde solemnemente—. Por lo pronto soy ayudante de cocinero y puedes llamarme hermano Coci. Aunque mañana podemos conocernos mejor cuando yo entregue los alimentos que me encomiendan.

—¿Eso quiere decir que los monjes no tienen bronca con las arpías?

—A mí no me asustan las arpías —dice aproximándose al agujero—. Quizá los monjes adultos las ignoran porque a ellos no les interesa lo que sucede de los muros para afuera.

—¿Y qué piensan los jóvenes como tú?

—Que debemos poner a prueba la sensibilidad humana por sobre todas las cosas.

—Conversaremos mañana —propone Draga más animada—. A no ser que tengas algo más para preguntarme.

—¿Para qué llevas ese turbante amarillo en la cabeza? —sigue preguntando el monje—. ¿Acaso eres gitana?

—No precisamente eso —responde ella—. Es por costumbre desde que la sanidad me rapó todo el cabello y me quedé con frío eterno.

—¿Tienes conocimientos de adivinación o poderes sobrenaturales? —se interesa el joven monje.

Ella ríe a carcajadas por la ocurrencia del monje y se aleja del lugar, mientras él recoge su cabeza como tortuga y coloca la piedra en su lugar para internarse de nuevo en el monasterio.

La tarde está despejada y Draga decide buscar arbustos de alucinógenos para sus compañeras. Se podría decir que ha tenido suerte, aunque bastante lastimada por las ramas secas de espinos. Cuando logra salir de la maraña, se encuentra con una cabra

de monte mordisqueando el pasto. “¿Qué hace por aquí una cabrita?”, se pregunta, “¿será que también el diablo acecha?”.

—¿Qué me miras, muchacha de un cuerno? — parece reclamar el animal sin interrumpir su cometido.

—Puedes comer todo lo que quieras por un momento —le advierte ella—, pero después te vas porque estos matorrales los vigilamos nosotras.

—¿Tienes escrituras o algo que ampare la posesión de ustedes? —reclamaría la cabra, retrocediendo ante la determinación de la muchacha.

Al otro día, como habían acordado, sale el hermano Coci con otros ayudantes llevando raciones de comida para las mujeres que hacen guardia en las cercanías del monasterio.

Draga, como buena anfitriona, organiza el reparto de manera que fluye convenientemente hasta que llega su turno. Finalizado el reparto, se alejan los ayudantes, pero el hermano Coci se queda conversando con ella cuando toda la tropa se retira a descansar.

—Me agrada que los monjes hayan decidido participarnos su festín —comenta ella.

—Siempre será bueno el servicio humanitario para santificar nuestro apostolado —responde el hermano Coci.

La joven arpía bosteza profundamente mientras el monje observa.

—Lo siento, estuve de turno toda la noche — comenta ella dejándose caer en los matorrales—. Es agotador hacer guardia con este frío, ¿no te parece?

El hermano Coci se acomoda sobre un tronco para seguir conversando.

—Pensaría que para ustedes hacer guardia al monasterio no es ningún problema —comenta el hermano Coci—. ¿Qué podrían temer quienes se drogan para amortiguar el sueño, el hambre o la depresión?

—En parte tienes razón —acepta Draga—, pero también necesitamos explorar otros mundos.

—¿El de la locura, acaso? —pregunta el monje cocinero.

—Todavía no logro distinguir el hilo que separa la razón de la locura —opina ella—. Ahora mismo pretendo llevar a buen puerto a todas estas criaturas que heredé de mi madre, y no sé si por razón o por locura aterrizamos aquí... Incluso en el monasterio debe haber muchos monjes ocultando su locura en la oración.

—En ese hilo estamos todos —explora el hermano Coci—. El Superior, el Capellán, los monjes viejos, yo mismo...

—Aquí nadie se salva —afirma ella—. El Superior que parece saberlo todo, los monjes de medio pelo con su rezo sin fin, tú con su obsesión por cocinarlo todo y yo buscando la piedra filosofal.

—No me digas que eres filósofa —se sorprende una vez más.

—No precisamente eso —aclara ella—. Digo piedra filosofal como objetivo del conocimiento.

—A propósito de piedra —interrumpe el cocinero—. ¿Sabías que...?

—¿Cómo podría saberlo si afuera no llegan las noticias? —se molesta Draga—. Aquí cada cual desquita su comida con una ronda sonámbula para después acostarse a dormir.

—Mejor acompáñame a lavar los platos —propone el cocinero—. Así tendremos tiempo para seguir charlando. Te facilitaré una sotana para que entres al lugar donde todos somos iguales, al menos sin despojarte de ella.

—¿No crees que eso podría parecer un sacrilegio?

—¿Qué sabes tú de sacrilegios? —se molesta el hermano Coci—. ¿Acaso conoces el límite de lo sagrado tanto como nosotros para profanarlo? Aquí donde me ves trato de dominar el mundo a punta de rupturas.

—Siempre que no sea ruptura de platos —bromea ella.

Sin saber cómo ni cuándo Draga se ve caminando por los corredores del monasterio, dentro de una enorme sotana, y la cabeza cubierta de una capucha. El camino está despejado y avanzan como “Pedro en su casa” hasta la mega cocina con el ánimo de lavar los trastos sin que los auxiliares reparen en la intrusa.

—¿Cómo imaginabas este lugar? —pregunta el hermano Coci.

—Tan medieval como esta realidad —responde Draga—. Aunque alguna vez lo imaginé, pero sin estar en mis cabales.

Ese momento el hermano Coci descubre el escapulario que lleva Draga enredado en su pelo y se acerca a desenredarlo.

—Es el amuleto que me dejó mi madre antes de morir —explica ella como detalle de amistad.

—Entiendo que es de la buena suerte —se queda esperando respuesta.

—Depende por dónde se lo mire —comenta ella—. Es cuestión de perspectiva...

Dejaron de hablar por tiempo prolongado con la proximidad de un cocinero que se apegaba más de la cuenta. Terminada la tarea, el hermano Coci le guía en silencio al interior del monasterio por los corredores que dan a la capilla, después por los altares, hasta ubicarse tras las bóvedas donde los monjes guardan desde cuerpos momificados hasta reliquias de valor histórico. El hermano Coci saca una llave de tubo de su enorme bolsillo y se aproxima a una de esas bóvedas.

—Quiero enseñarte un secreto bien guardado —intenta varias veces sin conseguirlo.

—Déjame ayudarte porque tengo experiencia en tareas complicadas —se ofrece Draga—. Una vuelta a la derecha, otra vuelta a la izquierda y... ya está.

El hermano Coci abre la puertecita, mete la mano y retira unos trapos, dejando al descubierto un rústico cofre de lata.

—Déjame adivinar de qué se trata —propone ella—. Mmmm, ¿robaste las joyas de tu abuelita?

—Caaasi —responde el hermano Coci—. Un poquito más de imaginación y le aciertas.

—Entonces... —hace pausa—. ¡Una muestra del tesoro escondido de Atahualpa!

El monje prefiere introducir el brazo en la bóveda hasta alcanzarlo y le arrastra a la puerta para que Draga lo observe mejor.

—¿De dónde lo sacaste para esconderlo aquí? —se sorprende.

—Es una reliquia que la traje conmigo —responde reverente—. Son las cenizas de mi abuelito para que no se roben de mi casa.

—¿Qué tan seguras podrían estar si también tú las robaste?

—Un ratito... las robaste, ¡no! —protesta el joven monje—. Las estoy protegiendo porque mi casa está abandonada.

—No hace falta que las cuides personalmente porque el monasterio debe estar protegido por Dios —comenta ella.

—Nunca falta un holgazán que quisiera jugar con fuego.

—Con fuego, no —bromea ella—. Con las cenizas de tu abuelito.

—En ese caso tendría que decir la verdad —sostiene el hermano Coci—, que me declaré custodio

de las cenizas de mi abuelito, para protegerlo con la venia del monasterio.

El monje cocinero suelta su cálido aliento sobre el cofre y le saca brillo con la manga de la sotana una y otra vez. Se persigna reverente y lo devuelve al fondo de la bóveda para taparle con los mismos trapos.

En cuanto se aprestan a salir escuchan el extraño ruido de algo que se arrastra por los corredores. Se detienen, pegados a la pared, hasta que el sonido disminuye, pero ese algo sigue arrastrándose lentamente. Avanzan poco a poco y descubren que el viento empuja un envase plástico de un lado al otro como aventador.

—¡Qué susto! —exclama el hermano Coci—. Estuve a punto de creer que se trataba del alma en pena de algún monje difunto.

A pesar de su adicción, la joven Draga es la más lúcida de todo el grupo que fue a parar en las proximidades del monasterio en calidad de guardianas. Claro que esta situación no tiene sustento lógico y peor teológico, pero al menos ayuda a sustentar una historia donde un grupo de marginales se cobija de humanismo con la tácita venia de un monasterio en la montaña. Su presencia es muy importante para disuadir a los ladrones que antes hacían de las suyas en plena luz del día. Draga saca el escapulario y se pone a conversar como si fuera una conexión telefónica.

—Hasta ahora no puedo creer que alguien nos tendiera la mano a cambio de casi nada —comenta ella—. Es posible que los alucinógenos nos distorsionen alguna realidad, pero con el tiempo esperamos que la corriente no lleve a un vuelo mejor.

—Está fría la tarde ¿no? —le sorprende una voz de entre la maleza, hasta que se deja ver de cuerpo entero.

—¡Hermano Coci! —se sorprende ella—. Lograste asustarme.

—Ja, ja, ja, ¿creíste que era un fantasma?

—No lo sé —retoma la tranquilidad—. ¿Qué hubieras hecho en mi lugar?

—Lo mismo que tú —se disculpa el cocinero—. Asustarme porque se rompe el silencio en medio de la tarde fría.

—No me digas que vienes a presumir el menú de mañana.

—¿Acaso tienes problemas con la comida? —se sorprende el monje.

—De ninguna manera —contesta Draga, tranquilizándolo—. Solo que tu obsesión es cocinar y me cogiste desprevenida.

—¿Lograste vencer el vicio del guanto? —pregunta el aprendiz de cocinero mientras ella le invita a caminar.

—Claro que puedo vencer al guanto y todos los alucinógenos juntos —reflexiona—, pero no quiero caer en la depresión.

—¿Al igual que tus compañeras?

—Ellas seguirán volando a su manera, aunque a mí solo me anima sentirme acompañada.

—Entiendo el papel de ustedes, pero no atino a comprender cómo pueden custodiar el monasterio unas mujeres adictas —se pregunta el hermano Coci.

—¿Qué te preocupa más? —se incomoda ella—. ¿La presencia de mujeres o de adictas?

—De mujeres adictas, naturalmente —responde el monje Coci—. ¿Cómo podrían repeler a los bandidos si no pueden consigo mismo?

—No es lo mismo la dependencia alucinógena para controlar el hambre, que buscar reponerse en condiciones normales, ¿no te parece?

—Pero eso de arpías es un estigma que difícilmente se lo podrán quitar de encima —asevera el monje que espera una respuesta inmediata.

—La verdad es que nunca me sentí arpía mientras vivía mi madre —retoma ella con cierto equilibrio—, aunque después perdí el control queriendo experimentar cómo vuelan ellas cuando se quedan solas.

—Eso es entendible porque a pesar de las ausencias te veo más lúcida que todas ellas —acepta el hermano Coci.

—Comparada con auténticas dependientes que pululan las ciudades —hace pausa—, se entiende que cualquiera es más lúcido.

—Tienes juventud por sobre todas las cosas — asevera el monje—. Pero ¿cómo ves a tus compañeras?

—Duna y Brisa son auténticas guerreras —asevera Draga—. El resto, en proceso de adaptación, se pasa “volando” sin lograr aterrizar en ninguna parte.

—¿Adictas a tiempo completo?

—Yo diría que a tiempo parcial en un lugar donde abundan alucinógenos silvestres. Eso es algo que debo destacar.

—¿El monasterio les facilita comida y ellas se consiguen el vicio?

—Es la cadena de supervivencia —responde Draga con picardía—. Pero no lo comentes con tus superiores porque puede perjudicarnos.

El ayudante de cocina sonríe en señal de aceptación, saca de su bolsillo unas tortillas de trigo y comparte con ella, mientras siguen conversando.

—Alguna vez te pusiste a pensar que la historia puede cuestionar: ¿qué hacía un comando de arpías en las cercanías del monasterio? —pregunta el monje ayudante.

—Yo tengo mi propio enfoque —sonríe ella—. La historia podría preguntarse también: ¿qué oscuros intereses ocultaba el monasterio para dejarse proteger de unas arpías?

—En eso tienes razón —sonríe el monje—. Todo es cuestión de perspectiva.

—A pesar de las diferencias de quienes estamos afuera con los que pasan adentro, parece que entre los dos tenemos algo en común.

—¡La soledad! —asevera de inmediato el monje—. Tú vives rodeada de arpías adultas que no tienen de qué conversar, y yo con monjes viejitos que pasan los días en meditación perpetua.

—Tengo tantas cosas en la cabeza que me gustaría... —ensaya ella un silencio—. No lo sé, no me siento en mis cabales para ordenar esas ideas.

—Yo en cambio me esfuerzo por ordenar mis ideas, pero el día a día en la cocina lo estropea todo —concluye el monje.

Como todos los días después de servir el almuerzo a la guardia femenina, Draga y el hermano Coci recorren largo trecho para facilitar la digestión.

—Cómo extraño al viejito relacionista con su telescopio en el tejado —exclama el joven monje—. Se veía tan simpático buscando arcángeles entre las nubes.

—Pero no estaba bien que lo dejen subir al tejado —comenta ella—. Debían esconder la escalera.

—Yo creo que le afectó la cabalgata del otro día —expresa el hermano Coci—. No sé si por el cansancio o por la impresión que le causaron ustedes.

—Ni se te ocurra culpar a mi grupo de su acto imprudente —se molesta Draga—. ¿Por qué no enviaron a un emisario más joven para que nos contacte?

—Ese fue el error —se lamenta el hermano Coci—. Ya son algunos días que debemos llevarle la comida a la cama.

—Escondan la escalera para que utilice el telescopio desde la ventana —bromea ella.

—Parece que al viejito ya no le funciona la tutuma —dice el hermano Coci—. No tiene ánimo ni para pronunciar dos palabras juntas.

Pasan los días y la escalera está arrumada en otra parte, nadie sube al tejado, y las imprudencias del viejito pretendiendo vigilarlo todo solo recuerdan como si fuera un cuento. Hasta que las campanas repican a muerto y todas las miradas se dirigen a su ventana.

—Tan, tan, tan; talán, tan, tan; tan, tan —suenan lastimeras.

El hermano Coci que ya se enteró del suceso, prefiere caminar en silencio tras de dos monjes que comentan del campaneo, metidos en su capucha.

—Hasta que le llegó la hora al viejito relacionista —comenta uno de ellos.

—Que yo sepa... —aclara el otro—, dicen que la hora le llegó ayer, pero nadie se percató de que no bajaba a la cena ni al desayuno tampoco, y le fueron a ver cuando ya estaba frío.

El hermano Coci se pone tan molesto que por poco los encara que él mismo le llevaba la comida a la cama, pero logra controlar sus impulsos entrando a la cocina.

Es el primer monje que ha muerto de vejez en los últimos meses y todo el mundo altera sus horarios para acompañar. Un grupo de jóvenes monjes colo-

can el rústico ataúd sobre una carreta de madera y lo conducen a la capilla; entre tanto, los monjes mayores se han adelantado para ganar puestos en la misa de cuerpo presente.

—¡Muevan!, ¡muevan!, no tenemos todo el tiempo del mundo —grita el monje campanero repartiendo herramientas para que limpiaran los bordes del hoyo.

Tan pronto llega la carreta con el cuerpo y lo ingresan a la capilla, empieza la ceremonia.

—Nom del pad, del hij y del ritu ssanto —pronuncia el monje capellán, al tiempo que esparce agua bendita por todos lados y también al difunto.

Los acompañantes encapuchados que no derraman una lágrima con sus gestos esquivos, repiten todo lo que hacen los ancianos como si se tratara de un rito cualquiera. Terminada la ceremonia, acompañan al cuerpo hasta el cementerio y lo colocan al filo del hoyo para descenderlo lentamente con sogas.

—De polvo eres y en polvo te convertirás —gesticula el monje capellán, sosteniendo el agua bendita para rociarla por última vez sobre la caja.

Los monjes mayores se cubren nuevamente con su capucha y se retiran en columna sin pronunciar palabra. Entre tanto, los jóvenes sepultureros, arrojan paladas de tierra hasta cubrir por completo la tumba y se retiran cada cual a retomar sus oficios.

CAPÍTULO III

Al interior del monasterio los monjes vivían informados del mundo exterior a través del único nexo que era el viejito que falleció hace poco. Entonces empezaron a preocuparse porque el vínculo se desconectó de pronto.

Esa misma semana el Superior del monasterio envía una carta al Provincial de la Congregación:

Su excelencia: El relacionista que nos ayudaba en los menesteres de la comunicación descansa en paz desde hace unos días. Esta situación nos obliga a solicitar otro recurso que cubra estos espacios que tanta falta hacen al monasterio, justo ahora cuando tenemos ciertos inconvenientes en los alrededores. Consideramos que es mejor estar preparados antes de que los extraños nos cojan desprevenidos y atenten contra el patrimonio de la santa iglesia.

La respuesta de las autoridades no se hace esperar, y esa misma tarde contactan un relacionista vinculado con las obras de la Iglesia para que cumpla su oficio en el monasterio.

—Estoy dispuesto a lo que venga —había dicho el contactado—, incluso encerrarme en un claustro con las inclemencias del tiempo, de ser necesario.

Dos días después el nuevo relacionista espera en la puerta de la Congregación para que un “transportista” de caballos lo traslade al monasterio. Lleva una carta dirigida al Superior, pero como no está sellada, le provoca curiosidad por leerla una y otra vez:

En uso de las atribuciones que nos faculta la Congregación y, por cuanto el monasterio requiere la asistencia de un relacionista experimentado, esta Jefatura dispone enviar al portador de la presente para que sirva a vuestra santísima casa de oración. Ruego darle las facilidades que amerita esa labor para una gestión tan delicada como esa.

El jinete “transportista” no demora en llegar con un caballo más para emprender camino al monasterio. Este día no ha sido tan pródigo para el diálogo del relacionista ni del transportista tampoco, todo traqueteo del camino y nada más. A momentos el nuevo pretende tomar apuntes, pero de forma desordenada porque está maravillado del paisaje serraniego, entre el maltrato de un pésimo sendero por el que ascienden al lugar de destino. El transportista observa con curiosidad que el otro jinete no aparta la mirada del valle, como queriendo grabarlo en su mente.

—¿Es su primera vez por aquí, hermano? —se anima a preguntarle el guía.

—No soy precisamente un monje —responde de inmediato el nuevo—. Más bien soy cercano a las obras religiosas que decidieron enviarme al monasterio.

El relacionista guarda sus apuntes en la mochila que lleva sobre su espalda y se dispone a responder la conversación.

—Por lo que veo, usted reemplazará al monje difunto —comenta el transportista.

—Supone bien, señor jinete —responde—. ¿Mis apuntes me delatan?

—Eso lo ratifica —responde el transportista muy seguro de lo que dice—, porque la semana pasada falleció el relacionista que ya estaba muy viejo.

—Buena deducción, señor jinete, pero ahora me toca suponer de usted.

El transportista asiente con la cabeza, mientras esquiva un deslizamiento de tierra producto del aguacero.

—Entiendo que usted es el transportista que alquila sus caballos al monasterio para la movilización de productos —empieza el nuevo empleado—. ¿Verdad?

—No solo eso, sino que disfruto de la naturaleza —responde—. Y usted, ¿ya conoce sus nuevos designios?

—Básicamente... administrar la bitácora del monasterio.

—¿Y vigilar el movimiento de las arpías?

—¿Cuáles arpías? —se sorprende el relacionista.

—No me diga que no le advirtieron que en las cercanías del monasterio se instalaron unas mujeres que fungen de guardianas con la venia de los monjes.

—Nooo —responde temeroso—. Yo me imaginé que lo más extraño que había eran los ladrones.

—Ese sería el pretexto —sonríe el transportista.

—Ahora entiendo que quizá esa circunstancia aceleró mi traslado.

—Podría ser la urgencia de una Bitácora que involucre al mundo circundante porque el viejito ya no sabía ni lo que hacía —el jinete demuestra cercanía con los monjes.

—Es entendible a su edad —comenta el relacionista—. Mi prueba de fuego puede ser circunstancial o lo que depare el destino.

—¿Le interesaría saber cómo aparecieron esas mujeres que en la ciudad las llaman arpías? —el transportista empieza a meter cizaña.

—Por supuesto —se interesa el nuevo refregándose las manos—. Este misterio empieza a intrigarme.

—Dicen que brotaron como hongos después de la lluvia...

—Déjese de fantasías —se molesta el relacionista—. ¿No será que llegaron a lomo de sus caballos?

—No diga eso —se sonroja el transportista virando su cara al otro lado.

—¿Cómo pudieron llegar al monasterio con la seguridad de que nadie las desalojaría? —cuestiona el relacionista.

—Si bien soy el único transportista de confianza que entra al monasterio —regresa a ver al otro jinete—, hay otros que utilizan diversos senderos para internarse en la montaña.

—Por ahí es la cosa —empieza el relacionista a ordenar su sospecha.

—No quisiera que usted se haga malos juicios porque desde hace años soy el encargado de llevar el vino del monasterio y comprar víveres de regreso — advierte el transportista.

—Es mejor entendernos de esa manera porque con frecuencia nos vamos a ver las caras —responde el relacionista.

Se podría decir que a partir de ese momento el transportista gana confianza para contarle tantos sucesos creíbles e increíbles, que el nuevo relacionista no atinaba a encasillar cada evento en su respectiva escala. Hasta que al final de la tarde llegan al monasterio. El relacionista se baja del caballo, agradece al transportista y se aproxima al portón.

—¡Buenas tardes! —saluda al primer monje que abre la ventanita.

—Buenas —responde el monje portero—. ¿A qué debo el honor de su visita?

El relacionista saca de su pechera la carta y le entrega al monje que, de inmediato, la recibe leyendo el remitente. Da una orden con la mano y la portezuela se abre lentamente.

—¡Pase por favor! —se pone a un lado entregando la carta a otra persona.

Diplomáticamente otro monje se adelanta con la carta en la mano para que el relacionista le siga. Por

primera vez en su vida recorre los amplios pasillos de un monasterio y sube algunas gradas de piedra hasta llegar al lujoso despacho de corte medieval.

—Siga por favor —dice el Superior que le espera en la puerta para darle confianza.

Tan pronto consigue sentarse en los amplios sillones de color púrpura, entra un monje de facciones risueñas con un charol y dos jarrones de vino.

—¡Por el éxito de su gestión! —exclama el Superior a modo de brindis acelerado.

Los dos brindan a la vez, aprobando con la mirada.

—Me alegro de que le guste el vino —aprueba el Superior—. Eso es algo de lo que hablaremos después.

El relacionista sonríe, mientras el Superior devora con curiosidad las líneas escritas por la jefatura de la congregación. Se coge la barbilla y la mueve una y otra vez de arriba para abajo.

—Nosotros solicitamos un recurso y acogeremos el mandato —comenta en tono amigable—. Veo que es un relacionista comprometido con las obras de la iglesia.

El Superior dobla el papel y lo devuelve al sobre, abre el cajón de su enorme escritorio de roble y lo deja caer al interior.

—Supongo que está enterado de su papel en el monasterio, ¿no es así? —pregunta el Superior.

—Me dieron a entender que la comunicación interna y el manejo de la bitácora —responde el

nuevo—. Pero supongo también que el tema de las arpías no debe escapar de las manos.

—Veo que el transportista le puso al tanto de todo —se incomoda el Superior—. Espero que el chisme no llegue a oídos de la congregación.

—Me encargaré de todo lo que convenga a las partes —se compromete con una venia.

—Un acercamiento discreto que no llegue a mayores, por favor —se voltea el Superior—. Puede empezar a partir de este momento.

Uno y otro depositan los jarros vacíos sobre el mismo charol que descansa en una de las mesitas del despacho. El Superior llama al monje risueño y le pide con un gesto que se acerque, luego le dice algo al oído y el monje abre las puertas.

—Acompáñeme, por favor —le invita a salir al recién llegado.

El relacionista le sigue por un laberinto difícil de recordar en un solo recorrido, hasta que se acerca a una enorme puerta de madera y la abre con una llave de tubo.

—Este será su lugar de descanso —le dice, poniéndose a un lado para que ingrese.

Apenas entra el nuevo relacionista a la habitación que le han asignado y, que es la misma que ocupaba el viejito, queda impresionado por unas plantas exóticas, ilustraciones de galaxias y telescopios de todo tipo. También se observa sobre el escritorio una caja de madera pero que se encuentra con seguro. “Epppa!”,

se sorprende el nuevo huésped, “este viejito resultó más misterioso de lo que esperaba”, y se dispone a rebuscar los cajones del viejo escritorio que se deshace en polillas. Hay muchas llaves sueltas en todos los compartimentos hasta que logra abrir el pequeño baúl donde hay diversos planos que no llaman su atención, aunque revisa de uno en uno hasta que logra algo que despierta su curiosidad. “Ups”, se coge la barbilla porque parece algo importante. Agarra los papeles que puede para dejar todo en su santísimo lugar, salvo el plano que lo tiene intrigado. Luego sale feliz a recorrer el enorme laberinto del monasterio.

Días después ha logrado captar el escenario. En los inmensos pasillos, los monjes caminan solitarios, como si no les importara quienes llegan o se van del monasterio. Parecen ancianos por su forma de caminar, ya que encapuchados hasta la nariz difícilmente se los puede identificar. El relacionista no ha dejado de rondar en solitario por el sótano, entre víveres y herramientas de labranza, buscando la mediana claridad donde descubre sorpresas inesperadas como el mausoleo donde descansan los monjes muertos. Hay muchos nichos cerrados y una que otra lápida agujereada. Los compartimentos que sirven de bodega en el sótano son por demás extensos y fríos.

Cierto día, mientras recorre el extenso sótano, logra detectar una presencia por demás terrenal: “alguien asoma tarareando en solitario un ritmo profa-

no”, piensa el recién llegado. Entonces prefiere pegarse a la pared para escuchar en silencio lo que sucede mientras termina de pasar. “No cabe duda de que pocos monjes frecuentan estos lugares, de seguro es la única persona que lo hace”.

Se aproxima un poco más y sale al pasillo sin dejarse ver, pero un agradable olor a comida fresca distrae su atención hacia el personaje que luce una sotana desproporcionada para su talla. “¿Comida?, sí, ¡el monje trae provisiones dentro de una fundita!”.

El joven monje se sienta, mira a los lados y coloca el bulto celosamente junto a la hornacina por donde entran los pocos rayos de luz. Luego se aproxima a un enorme baúl que se queja al abrirlo y saca una sotana completamente nueva. La observa con satisfacción y coloca a un lado mientras vuelve a su lugar la tapa del antiguo baúl. “¿Qué hace?”, se pregunta intrigado el relacionista. El monje se quita la sotana vieja y la pateo hacia un rincón. Entretanto, el espía sigue con atención el rito, mira de reojo a los santos de madera que tienen su mirada clavada en el piso y toma esa funda con mucho cuidado.

—Fi, fi, fi, fi —silba el joven monje, probándose el nuevo traje.

Se mira con satisfacción cómo luce con la sotana nueva en el reflejo de los vidrios, después se la quita y dobla con cuidado a un lado del antiguo baúl. Sonríe

y se sienta dispuesto a comer el provocativo botín que trajo de la cocina:

—¡Epppa!, ¿qué pasó con las tortillas? —exclama sin esperar respuesta, para alejarse decepcionado pateando los baúles de su paso.

Esa noche el relacionista se imagina escribir una carta a su familia en la semioscuridad de su habitación:

Hoy cometí mi primer pecadillo ante los ojos de los santos que fingían no mirarme desde sus repisas de piedra. Robé un plato de comida para paliar el hambre de todo el día, en realidad no era un plato, era apenas la funda de tortillas de un monje distraído.

El monasterio de los monjes luce enorme y desolado por dentro. Se trata de un fortín con gruesas paredes de piedra que semejan un castillo medieval con sus lúgubres bodegas donde almacenan lo inimaginable. Por momentos se entrecruzan en silencio uno que otro personaje, ocultando el rostro en su capucha mientras dura la luz del día. Pero cuando llega la noche del fin de semana, el sótano cobra vida donde los monjes de mediana edad se reúnen para dar rienda suelta en la bendición del vino.

El nuevo relacionista ha conseguido una sotana para sacar más provecho vestido de incógnito. Así, cabizbajo en su capucha, espera al fondo del pasillo hasta que lleguen los monjes para el rito del vino. Sin embargo,

esta noche los personajes se demoran más de la cuenta en bajar, lo que provoca un espacio para la meditación, hasta que escucha los primeros pasos bajando las gradas. Entonces sale de su escondite y logra mezclarse en la semioscuridad de la sala. En eso, alguien llama su atención discretamente al oído. El relacionista busca el origen del llamado en medio de la escasa luz de las velas donde se ubican los monjes de bajo rango, ancianos, enfermos y otros buscadores de anonimato.

—¡Aquí! —dice un desconocido en voz baja.

En eso, siente que el extraño le guía del brazo hasta sentarlo junto a él.

—No tienes de qué preocuparte —advierte el extraño—. Sé quién eres y buscaba una oportunidad para hacer amistad.

—No entiendo, ¿podrías...?

—Soy el ayudante de cocina a quién robaste las tortillas en la bodega, ¿recuerdas?

—Sí, sí, cómo no —por poco se suelta una carcajada—. Disculpa esa mala jugada porque me moría de hambre.

—Me gusta tu papel de espía en este monasterio.

—No soy precisamente un espía —corrige el nuevo—. Más bien soy un relacionista a quien le gusta su oficio de investigar.

—¿El nuevo relacionista que reemplaza al difunto?

—Efectivamente —responde—. Como verás, estoy dando mis primeros pasos en este santo lugar.

—Entiendo que quieres zambullirte en el rincón más mundano del monasterio.

—¿Por qué no? —sonríe el relacionista—. Eso también es parte de mi trabajo.

—Este lugar es el lado insólito del monasterio —hace pausa el monje—. ¿No te parece emocionante?

—De veras que sí —se frota las manos.

—Pienso que hice bien ofreciéndome llevar tus alimentos a partir de mañana —le golpetea la espalda.

—¿Qué te parece si consideremos ese robo de las tortillas como un acercamiento? —trata de disculparse el relacionista.

—Completamente de acuerdo —extiende su mano de amistad—. Puedes llamarme hermano Coci.

Ese momento irrumpe el monje capellán con voz de trueno para que todos se persiguen, estropeando bruscamente la animada conversación.

—Este monasterio es una caja de sorpresas —comenta el relacionista en voz baja—. Entiendo que tienes contacto con las arpías, ¿no es así?

—Por supuesto —responde de inmediato el joven monje—. Y tú también debes contactarte con ellas. En ese caso yo mismo te pondré con quien las lidera.

—Sospecho que habrá mucha tela que cortar —comenta con tino el relacionista—. Entonces tendremos que aplicar la diplomacia para sacarle provecho a esto.

—Ella colaborará sin problema —le dice al oído—, porque a pesar de su juventud tiene vasta expe-

riencia en espacios marginales. Ella es muy imaginativa para las acciones de impacto.

—¿Podrías adelantarme algo de su perfil?

—Claro que sí —asevera el joven monje—. Ella funge de arpía para salir de su adicción, pero tiene planes interesantes.

—Suficiente, hermano Coci —le interrumpe el relacionista—. De aquí en adelante déjame explorar a mi manera.

La ceremonia continúa por su lado y el tiempo sigue pasando. Los diálogos de tanto monje se entrecruzan, y cada vez deben subir el tono para entenderse. Poco después, sin que ellos se dieran cuenta, todos han tomado algunos vinos de “degustación”, mientras los ritos siguen su protocolo:

—...vino que será su sangre —pronuncia el monje capellán.

—En la santa comunión —repiten todos.

—Del par del hij y dels piritu santo —se per-signan al unísono.

—Amén —corean y beben el vino que quedaba en sus jarros.

Ya es muy tarde y los monjes empiezan a salir torpemente en la semioscuridad. El tumulto es tan fuerte que el relacionista ha perdido de vista a su importante aliado, pero se deja llevar por los empujones y las sombras, tratando de orientarse en los pasillos. “Tengo claro el panorama”, reflexiona, “estuve en la bendición del

vino con el mismo contacto a quien robé sus tortillas. Sigo atando cabos, pero a través del cocinero espero llegar a esas mujeres que llaman arpías”.

Con el pasar de los días, el relacionista ha logrado abrir muchas puertas al interior del monasterio. De esta manera entra a la cocina buscando al hermano Coci:

—¡Aquí estoy! —levanta la mano el aludido para que le ubique entre tanto cocinero encapuchado a quienes no se les ven ni los ojos.

El hermano Coci se acerca al relacionista, tan voluntarioso como principiante que se apresta a demostrar sus aptitudes.

—¿Algún problema para llegar hasta aquí? —pregunta el Coci, limpiándose el sudor de la faena.

—Al contrario —sonríe el visitante—. Solo me dejé llevar por el olor a comida fresca y aquí me tienes.

—¿Qué asunto te urge para irrumpir en la cocina de esta manera?

—La elaboración del vino me tiene intrigado —confiesa bajito—. Mucho más desde que me aproximé a los ritos de fin de semana.

El hermano Coci se saca el delantal y lo deja sobre una barraca para escaparse de su tarea con el pretexto de facilitar la curiosidad del relacionista, al que coge del brazo para salir de prisa.

—Aunque los monjes del vino acaban de salir al Rosario —sostiene el hermano Coci—, haremos un acercamiento por cuenta propia.

Los dos caminan por el enmarañado sendero, uno delante y el otro atrás, hasta donde están los calderos apagados, pero despidiendo un agradable olor a fruta fresca.

—Esta es la bodega donde almacenan las moras silvestres —señala a diez pasos de distancia—. Acá tenemos las pailas donde se cocina la fruta, allá los calderos donde se enfría, y por ese lado se embaza el vino para el consumo.

—Tilín, tilín, tilín —se escucha una campanita al interior del monasterio.

El hermano Coci se sorprende que ese recordatorio que los monjes hacen sonar por los pasillos le suene en sus orejas.

—¡Es la hora del Rosario! —advierte el monje campanero con cara de pocos amigos—. ¿Qué hacen ustedes fuera de la capilla en momentos de oración?

—Vamos en esa dirección, fray campanero —se le ocurre responder al Coci para salir bien librados.

El relacionista con el hermano Coci se ponen tras el campanero hasta llegar a la capilla y se suman al rezo en la última fila. Terminado el Rosario, el hermano Coci se despide, pero el relacionista persigue a un grupo de monjes que se ha convocado en algún lugar para conversar algo gordo. El relacionista los

observa discretamente y descubre que ingresan al sótano donde los sábados celebran la bendición del vino, aunque están en media semana. Encienden una vela y empieza el diálogo.

—Yo diría que esas mujeres son una gavilla de oportunistas.

—Insisto que son arpías —alza la voz un furibundo personaje al que no se lo alcanza a distinguir en la oscuridad—. ¿Acaso las historias de terror que describe la literatura no les infunde miedo?

—Tuve la oportunidad de conocerlas en el viejo municipio donde vivían como marginales —opina otro—, aunque aquí fungen como guardianas sin dejar de caminar como lobo al acecho.

El relacionista acomoda costales vacíos y se acuesta a escuchar la conversación a prudente distancia. “Hasta aquí todos son comentarios contra las arpías, pero nadie menciona a su lideresa”, piensa, “de manera que debe ser sumamente audaz para no dejarse identificar”.

—El único lugar en el mundo donde un puñado de arpías tiene secuestrados a los monjes es este monasterio —comenta otro al interior de la sala.

—No sé si serán de verdad o serán falsas porque nunca las he visto volando —opina otro.

—Aquí no deberíamos hablar de esas criaturas mundanas —irrumpe un monje mayor—. No olvide que usted es un monje...

—Y me enorgullece serlo, ¿acaso...?

—Acaso ¡qué! —se escucha un golpe en la mesa de madera.

—Hermanos, hermanos... si seguís así, os mando todos al carajo —trata de poner orden alguna antigüedad que no se había pronunciado antes.

La discusión se paraliza a ratos para reanudarse después.

—A mí no me vienen con pendejadas —sorprende otro que parece fuera de sus cabales—. Alguna complicidad debe haber en los mandos medios para que nadie se atreva a cuestionar por temor a que nos caigan encima los jefes.

—Momento, momento —irrumpe otro—. ¿Por qué no pensar en otros escenarios piadosos? Por ejemplo, que su permanencia temporal sea un acto de caridad con mujeres marginales.

—Confieso que, con arpías al acecho sobre nuestras cabezas, no podemos orar tranquilos —se escucha a un anciano.

—Cómo se nota que sus votos de humildad son inconsistentes —critica otro en la oscuridad—. Revisen Carta a los Romanos 12,20, “si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber”.

—No se trata de interpretar los libros sagrados por algo que es más terrenal que nuestra vida misma —corrige alguien—. ¿Se han puesto a pensar de dónde salieron esos engendros y quién los trajo?

—Suponemos, solo suponemos, del transportista que lleva el vino y trae víveres del mercado —especula el monje portero que acaba de dejarse ver.

—Por ahí debíamos haber empezado —se alegra uno de los monjes que parece registrarlo todo—. ¿Alguien que se comprometa en averiguarlo?

—¡Lástima que ya murió el viejito relacionista! —bromea otro—. Era el indicado para sacarnos de este enredo.

—Esa es la voluntad de Dios que debemos aceptar —hace pausa un anciano para bostezar—. Mejor vámonos a dormir.

“Material fresco a mi favor”, reflexiona el relacionista desde su escondite, “con esto es suficiente para algún rato dejarme ver y seguir la tarea por mi cuenta”. “Lo bueno y lo malo son necesarios para tener argumentos en el bolsillo”.

Pasan algunos días que los nuevos amigos no se han encontrado ni para almorzar, hasta que el hermano Coci lo sorprende entre la enmarañada vegetación.

—¿Qué es lo que buscas con tanta vehemencia? —pregunta el monje—. Te estoy observando desde hace rato.

El relacionista duda por un momento en responder porque, de alguna manera, quería mantener la exclusividad, pero, viendo la cara de sinceridad que

pone el hermano Coci, decide compartir su misterio para que resultara menos incómodo llevar todo el peso sobre sus espaldas.

—Está bien —sonríe el nuevo relacionista—. ¿Para qué voy a seguir solo si podemos ayudarnos los dos?

—Además... —añade el hermano Coci—, dicen que dos cabezas piensan mejor que una.

Ese momento el nuevo relacionista saca el plano de su bolsillo, que más bien es un bosquejo, y le enseña a su nuevo socio.

—Tengo este material que encontré entre los papeles del difunto —le enseña.

El rostro del hermano Coci se ilumina porque conoce ese lugar y salen de inmediato a buscarlo. Recorren senderos inimaginables y otros ya conocidos en la curiosidad de los primeros días, incluidas bodegas y sótanos oscuros que pocos se arriesgan a explorar, hasta que llegan a un espacio de plena luz, luego de algunos metros de semioscuridad, para quedar maravillados con algo que parece de otro mundo.

—¡Espléndido! —reacciona el relacionista—. Todo esto lo conocías tú, pero nunca me dijiste nada.

—Pero hace poco nos conocemos tú y yo, ¿cómo querías que te comentara? —se molesta el hermano Coci—. De todas formas, yo al menos comparto con mis amigos cuando tengo algo nuevo que contar...

El relacionista hace como que no escucha sacando otro plano del bolsillo para ponerlo frente a los ojos del hermano Coci.

—¡Eso! —expresa con inusitada sorpresa el cocinero—. Algo como eso yo ando buscando desde el primer día.

“Empieza a tener sentido todo ese mamotreto de papeles del viejito”, reflexiona el relacionista mientras recorren los alrededores de aquella estancia que parece un secreto de mucho tiempo.

—Bien, bien —acepta el relacionista nuevo—. Estos son los privilegios que tenemos quienes nos dedicamos a desenredar marañas.

Hasta que se encuentran frente a una enorme roca que no permite descubrir qué tiene dentro por la mezcla de aires viciados que seguramente tiene en su interior. Golpean con los puños cada cierto espacio para ver por dónde podría haber una puerta que permitiera su entrada, pero no encuentran algo que les dé alguna esperanza. Han pasado las horas y deciden regresar porque ya empieza a oscurecer y podrían perderse.

Tan pronto el relacionista llega a su habitación, busca con detenimiento los papeles llenos de información que, en su inicio, parecían intrascendentes, pero han cobrado importancia, tanto que encuentra un trazado donde sugiere una entrada a la roca misteriosa. Apenas termina el desayuno, el recepcionista se dirige a la cocina donde debe estar el hermano Coci y lo

busca con la mirada desde la puerta. En cuanto lo ubica hace esfuerzo con los brazos para que lo reconociera, hasta que lo consigue con ayuda de un cocinero viejo. Entonces el hermano Coci sale a recibirle.

—Y ahora, ¿qué onda? —pregunta el hermano Coci.

—Ya tengo el plano con la entrada a la roca que andamos buscando —responde casi al oído.

Muy emocionado el hermano Coci se saca el delantal y lo cuelga tras la puerta, haciendo señas al cocinero viejo de que va a salir de urgencia por un problema estomacal.

Enseguida se internan por los vericuetos hasta llegar al lugar que les señala el plano. Pisan lentamente los espacios pedregosos y húmedos que permite una corriente de agua subterránea, soportando resbalones con tal de lograr su objetivo. Abren con cuidado esa puerta de roca que parece la tumba de Jesús, por penosa y complicada, hasta que lo consiguen. Es una cueva rocosa, iluminada por varios agujeros simulando un arnero que permiten entrar los rayos solares para darle una apariencia de serpentina de luz y, en su mayor parte, con una poza natural y una isla en el centro donde florecen plantas de singular belleza, nunca vistas ni en los tratados de botánica exótica. Eran una especie de faroles colgantes con pétalos rellenos de color turquesa que se elevaban como cachos hacia la luz. Ellos intentan penetrar, aunque el agua está por demás fría, casi helada, pero su transparencia permite descubrir

penachos como puntas de lanza que se mueven amenazantes de arriba para abajo, complicando cualquier intento de cruzarlo.

—¡Ohhh!, ¡qué maravilla! —exclama el relacionista—. Debe ser la diosa de las plantas por su reverencia y cuidado.

—Entiendo tu asombro —aclara el hermano Coci—, pero no está bien que hables de diosas en la casa del único Dios.

—¿Qué planta es y para qué sirve?, ¿qué representa? —intenta el relacionista desviar la atención—. Dime algo que me ayude a entender.

—¿Cómo voy a saber si lo acabo de descubrir igual que tú? —responde con otra pregunta el cocinero enojado.

Así, entre sorprendidos y frustrados, regresan a los corredores del monasterio con una novedad tan grande que no pueden compartir con nadie, y se despiden con el compromiso de seguir buscando en el pequeño baúl que ha dejado el difunto. “Supongo que los superiores tendrán conocimiento de este secreto para sacar provecho de alguna manera”, se dice el relacionista. Hasta que encuentra entre los documentos algo que impresiona aún más la órbita de sus ojos, es el nombre griego de una planta en peligro de extinción que se lee al pie de la foto donde destaca las filudas puntas que observaron hace poco en el agua cristalina. Al fondo del baúl solo documentos quemados que vuelven el tema cada vez más misterioso.

“Sospecho que es una planta de propiedades excepcionales que protegen los monjes para beneficio de la ciencia”, piensa para sí mismo el relacionista, “Pero no entiendo cuál sería la participación del antiguo relacionista”.

Una semana después de explorar un avance tras otro, al fin encuentra evidencias de tipo académico sin quemar: hay muchas fotografías, apuntes y lecturas en lengua extranjera, empacadas en cajas de cartón y amarradas con piolas. Toman un extracto del material en inglés y lo someten al traductor de internet. Se trata de un experimento que nadie lo mencionó y empieza a sospechar que los monjes podrían ocultarle algo que el viejito ni lo sabía.

—Ahora entiendo por qué vienen los gringos sin registrar entrada ni salida con la venia de los jefes —comenta el hermano Coci—. Debe ser porque ya no está su figura de confianza.

—Ese es el espacio que me correspondería —afirma el relacionista un tanto molesto.

La ceremonia del vino es una beta de información donde se dispara cada cual por su lado en el misterioso mundo de los monjes. El relacionista no puede descuidar este espacio, no solo por los datos que consigue en los cuchicheos de aquí y de allá sino por “abastecerse” en las despensas poco visitadas del monasterio. Tanto se interesa

el relacionista en la ceremonia del vino que, vestido de sotana y cubierto hasta la barbilla, pasa de incógnito sirviendo los charoles como cualquier otro monje.

Esta vez llega un poquitín atrasado. La mesa ceremonial está servida con jarros de vino para todos los que visten sotana en la semioscuridad de la sala. El relacionista se ubica en el rincón más alejado para que la luz de los candelabros le permitan distinguir en algo el rostro de los oficiantes: el capellán y el despensero que inundan con sus voces todo el sótano.

Cuando la ceremonia termina con la bendición del vino, el monje despensero da la orden para que los voluntarios repartan a los presentes. Así el relacionista se acerca a la mesa como otros y toma un charol. “Tendré que seguir cabizbajo para evitar que me descubran”, piensa, mientras cumple el reparto. El único seglar que ha logrado burlar la exclusividad de los monjes en el sótano, lo hace tan bien, que nadie sospecharía que se trata del nuevo relacionista. “Podría decir que voy ganando destrezas sin ningún contratiempo”, suspira con satisfacción. Conforme se desliza en la semioscuridad del sótano, va descubriendo el mundo que los oficiantes de la mesa no distinguen desde sus cómodos asientos. “Este monje tembloroso ha derramado todo el vino en su propia sotana sin llegar a probarlo”, observa al anciano que le tiemblan las manos. Busca un ángulo que le permita captar los reflejos de luz en el rostro de los asistentes y se detiene junto

a dos monjes que balbucean letanías, desconectados de la realidad. Muchos abandonan la sala y, conforme regresa el relacionista con los jarros vacíos en dirección a la mesa que ya abandonaron los directivos, algunos rezagados conversan animadamente, y decide quedarse en ese grupo para seguir escuchando.

—De un tiempo a esta parte ya no estamos solos en el monasterio —comenta preocupado uno de ellos.

El relacionista se pone tenso pensando que comentarían de los visitantes gringos y se prepara para tomar nota de algún dato importante que podría aclarar el panorama.

—A pesar de nuestras oraciones parece que muchos ojos nos siguen desde afuera —insiste otro a quién no se lo distingue bien.

—No creo que sea para tanto —discrepa otro—. Ni que tuvieran poderes sobrenaturales para ponernos en peligro.

—Yo diría que por más inofensivas que se muestren ahora las arpías, no se descarta que algún momento ataquen al género humano —enfatisa otro con la aprobación de todos—. Ese interrogante nos tiene preocupados.

Hay un ligero silencio de todos. Es cuando el relacionista descarta que los monjes conocen algo de la planta misteriosa y empieza a entender que la presencia de esas mujeres es la única amenaza que debe preocuparle.

—Sigo sin entender ¿qué hace un grupo de arpías en las cercanías del monasterio? —retoma el monje que acaba de regresar del baño.

—Aquí adentro no pasa nada —asume otro mayor—. Lo que suceda afuera no es algo que deba importarnos.

—Al contrario —protesta otro viejito—. Todos somos hijos de Dios y tenemos el mismo derecho a la vida.

—¿Y qué quieres decir con eso? —se enfurece el mayor del grupo—, ¿que abandonemos la oración para abrir la puerta a las arpías?

—De ninguna manera —contesta el aludido—. Porque una cosa es la oración y otra la sensibilidad humana.

El relacionista se da cuenta que la discusión no conduce a nada y se desliza a su habitación en medio de la oscuridad. “Me picaba la lengua por meter la cuchara en este pleito, pero mi papel de relacionista me obliga al anonimato por sobre todas las cosas”, piensa el personaje poco antes de dormir. “Todo parece indicar que el tema de las arpías es un elemento distractor porque todas las conversaciones conducen a ellas como el anticristo a donde lanzar sus dardos. Yo diría que nadie sabe de esa planta que solo el difunto podría dar fe, aparte desde luego, de los monjes superiores”.

La cocina del monasterio es amplia y bien surtida con los víveres que traen a caballo desde la ciudad. Ser

cocinero de este claustro es un privilegio que muchos quisieran tener, es por eso que nunca faltan voluntarios esperando la oportunidad para ocupar un puesto.

—¡Pst!, ¡pst!, ¡pst! —se escucha en el lavadero donde el hermano Coci termina de bañar unas lechugas.

El monje se aparta la capucha que le quita visibilidad de los lados y busca de dónde proviene ese llamado, hasta que lo ubica acercándose.

—¡Draga! —se sorprende bajito—. ¿Cómo lograste burlar el control de los monjes porteros?

—Aproveché que el transportista pasaba sin contratiempo con sus caballos de carga —mira a los lados y sonríe—, y me disfracé con poncho y sombrero como si fuera su ayudante.

—Cuidate que no sospechen de tu amistad conmigo —advierte asustado—. Pero bien, ¿qué te trae por aquí?

—Yo también quiero presenciar la ceremonia del vino y todo eso que celebran los sábados —dice ella.

—Me parece que estás yendo demasiado rápido —susurra el hermano Coci—. Una cosa es que el monasterio les extienda su mano generosa y otra que ustedes se agarren del codo, ¿no te parece?

—¿Y qué tiene eso de malo? —se revela para probar su reacción.

—No es precisamente por ahí el asunto —busca disuadirla el hermano Coci.

—Necesito dimensionar el nivel de consumo que tiene el vino —sostiene ella—. ¿Será que la materia prima es insuficiente?

—¿A qué viene eso? —se extraña el hermano Coci—. Primero me preguntas de la ceremonia del vino y ahora te interesas por la materia prima. No entiendo.

—Sencillo —sonríe ella—. Que nosotras podemos proveerles las moras del vino.

—¿Y cómo lo harían desde afuera? —queda intrigado.

—Aprovecharé para implementar una terapia ocupacional con las arpías —responde en voz baja—. Eso retribuiría la alimentación que ustedes nos dan todos los días.

—Haré llegar ese interés a los fabricantes del vino —hace gestos como de aplauso—. Me parece bien que alguien recoja los frutos de afuera porque adentro la infraestructura está saturada.

—Sobre todo para aprovechar su mano de obra —sonríe—. Eso ayudaría a reivindicarse consigo mismo.

—Parece que la paz de las alturas ayuda a tomar las cosas con cabeza fría —comenta el hermano Coci, al tiempo que recoge las lechugas para retirarse.

—Hay algo más que quiero comentarte —le detiene ella.

El hermano Coci le da a entender que no es el lugar para seguir conversando, mucho menos en voz alta, y le lleva a la bodega de víveres que a esa hora está sin voluntarios.

—Acabo de enterarme que tenemos nuevo relacionista, ¿eh? —le sorprende ella nuevamente.

—¿Y cómo lo supiste?, ¿acaso llegó con un rótulo en la frente que diga “soy el nuevo relacionista”?

—Vestía un chaleco lleno de bolsillos y no dejaba de fotografiar todo lo que se le cruzaba —argumenta Draga.

—Eso no es suficiente para aseverar que se trataba de un relacionista —sonríe el hermano Coci—. Podría ser cualquier viajero gringo.

—Podría ser —sonríe ella con malicia—, pero acabas de darme la razón.

—Si, sí, ¿para qué lo voy a negar? —acepta el hermano Coci—. Tenemos un nuevo relacionista que reemplaza al viejito que dejó vacante su puesto.

Ese momento alguien sacude la puerta como que se molestan de encontrarla con seguro, y ella debe esconderse.

—Después retomaremos el tema —se despide el monje, advirtiendo que debe cubrirse al salir.

Entre tanto, el relacionista espera encontrarse en la bendición del vino con su potencial informante. Claro que falta mucho para el inicio de la ceremonia, pero prefiere adelantarse a los dispenseros: “todo está a media luz y aquí en el fondo nadie me descubrirá”, piensa, “así podré identificar al hermano Coci en cualquier lugar que se encuentre”. Descansa como media hora hasta que poco a poco empiezan a llegar

los monjes. Pasa uno, pasa otro y de pronto reconoce al hermano Coci por la puerta del medio y no debe perderlo de vista.

—¡Pst!, ¡pst!, ¡pst! —lo llama el relacionista de la misma forma como están acostumbrados ellos en ese lugar.

El hermano Coci se deja guiar por ese zumbido de avispa, hasta que le toma del brazo y lo sienta a su lado. El joven cocinero rápidamente se da cuenta de quién se trata y comenta:

—Tengo información calientita que te puede interesar.

—Dime, dime —responde en voz baja para cuchichear sin recato.

La ceremonia del vino ha comenzado, pero ellos se dan modos por seguir charlando tras un pilar, porque el evento prácticamente ha quedado en segundo plano ante la curiosidad del chisme.

—Conversamos con Draga de tu llegada —le aborda el hermano Coci—. Mejor dicho, ella me comentó que te habían reconocido como nuevo relacionista.

—¿Me estás diciendo que Draga se interesó de mi llegada? —se sorprende—. Con que no vaya a interferir en nuestro descubrimiento...

—Ni lo menciones porque las paredes pueden tener oídos —advierte el hermano Coci—. Ella podría sernos útil para desentrañar el pasado miserable de su gente.

—Eso aclararía el misterio de cómo aparecieron en las puertas del monasterio —comenta el relacionista—. Lo cierto es que fueron expulsadas del Distrito por su aspecto desagradable. Claro que tampoco podrían ocultar su adicción, aunque el trasfondo puede ser alejar todo tipo de afectaciones al paisaje urbano.

Avanza la noche conversando con el relacionista de supuestos y verdades, hasta que el cocinero empieza a bostezar.

—Disculpa relacionista, pero estoy tan cansado que me voy a dormir.

Muchos monjes han salido de una ceremonia por demás aburrida, otros van por el mismo camino hasta que el relacionista se queda solitario en un rincón, esperando también abandonar el lugar. En eso regresa uno de los monjes y apaga los candelabros que faltaban para que reine la oscuridad en el sótano. Entonces se levanta y verifica que la puerta principal esté con llave y se siente relajado para meditar: “Aunque me interesa desentrañar el papel de las guardianas en el monasterio, hay otros temas que los superiores no le dan importancia”.

CAPÍTULO IV

Los binoculares del viejito relacionista nuevamente están en acción, no precisamente en manos del aludido porque ya se murió, sino del nuevo relacionista que se ha propuesto retomar las observaciones desde la misma cornisa que el difunto acostumbraba, porque le tiene intrigado las cuevas distantes.

—Por lo que veo —le sorprende el Superior—, usted heredó las aficiones de su antecesor.

—Si se refiere a vigilar los mismos espacios puede ser que sí —responde el nuevo relacionista—. Pero si me dice que estoy loco, entonces empezaría a preocuparme.

—Solo quería abordarlo de manera que no parezca una apreciación enfermiza de mi parte —sonríe el Superior—. Pero fíjese en los peñascos por si descubre otros asentamientos en la ribera.

Ese momento aparece el hermano Coci con raciones alimenticias, y el Superior aprovecha para retirarse.

—Me salvaste de una incómoda posición —se frota las manos el relacionista—, sobre todo con algo provechoso para matar el hambre.

El hermano Coci se sienta a prudente distancia para dejarlo disfrutar, soltando lentamente el tema que tanto interesa.

—Nadie se mosquea del santuario que encontramos —le sorprende el monje—. Esto nos permite programar tranquilamente el encuentro con Draga.

El inesperado enfoque por poco provoca un atragantamiento, pero el relacionista logra controlar la situación, mastica con recato y sigue comiendo.

—No me digas que será en la boca del lobo —comenta intrigado mientras muerde una fruta—. Es lugar es muy incómodo.

—Para que veas de qué están hechos los amigos —el hermano Coci hace tronar los dedos de sus manos—. Tengo un sitio que no incline la balanza para un lado ni para otro.

“¿Cuál podría ser que no esté dentro ni en las afueras del monasterio?”, se pregunta el relacionista mientras toma su último refresco.

—¡Lo tengo! —grita como escolar premiado—. ¡El foramen por donde entraron los ladrones!

—Me alegro de que estemos sintonizados.

—Sincronizados, diría yo —corrige de inmediato.

—Mañana después del almuerzo saldremos con mis ayudantes para que ellos hagan su parte y nosotros la nuestra —informa el hermano Coci—. Los términos del acuerdo los tengo preparados.

—¿Con unos jarritos de vino también? —bromea el relacionista.

—Ya habrá espacio para los vicios —dispone el hermano Coci—. Tú te encargas de la diplomacia que yo me entiendo de la logística.

Al otro día el plan se ejecuta como una jugada de ajedrez. Pasan por la portería los ayudantes y el hermano Coci para entregar la comida a las mujeres. Luego aparece el encargado en observar los repartos, pero el hermano Coci se preocupa de llevarlo donde Draga que los está esperando.

—Acá tenemos al relacionista —los pone frente a frente como que fueran a disputar una pelea—, y esta es la estrategia de las vigilantes.

Los dos se estrechan la mano formalizando la recolección en las agrestes laderas que circundan el monasterio.

—Ellas se han comprometido a proveernos de materias primas para la fabricación del vino —sentencia el monje para conocimiento de las dos partes.

—Empecemos trazando la cancha —interviene el relacionista—. Así podremos dilucidar los prejuicios casa adentro.

—A nosotras nos interesa aportar al sistema productivo —enfatisa Draga dando por hecho la aceptación del trato.

—Eso ya conoce el relacionista —comenta el hermano Coci—, que la recolección de moras que proponen ustedes sea un aporte en esa dirección.

—Buscaremos relaciones armónicas, a pesar de los prejuicios, con avances significativos para recuperar la autoestima —dice el relacionista dirigiéndose a Draga—. A propósito ¿cómo empezó la relación entre ustedes?

—Mi madre lideraba en la ciudad la ocupación de patrimonios abandonados —relata ella—, porque había muchas mujeres buscando refugio en cualquier parte hasta que apareció la beneficencia del mercado ofreciéndonos sobrantes de alimentos. Ellas nos bautizaron de arpías en los periódicos, arpías en las calles, en la tele y demás espacios urbanos. Pero con la desaparición de mi madre, tomé las riendas del grupo para dignificar el estigma de arpías que venía persiguiéndonos.

—Vamos al grano —se le ocurre preguntar el relacionista—. ¿Tienen relación con alguna secta?, ¿ritos ceremoniales?, ¿algo?

—Solo ritos y plegarias ancestrales —responde ella ante el desliz del relacionista—. Pero sobre todo prácticas purificadoras.

—Suficiente por hoy —deja de tomar nota el relacionista.

—Ahora me toca con los monjes —toma nota otra vez—. ¿Señas particulares?

—Yo no debería hablar a nombre de los monjes porque apenas soy un novato —comenta el hermano Coci—. Sin embargo, como el voluntariado que se enchufa en cualquier parte, estamos abiertos a cualquier cambio.

Con los indicios de lado y lado sobre la mesa, ahora le tocaba al relacionista poner su huella del trato.

—A mí no me vean porque estoy recién llegado —advierte el relacionista, liberándose del peso que

debía llevar sobre su espalda—. Aunque no puedo ocultar que los monjes son ermitaños dentro de su propia capucha, eso no quiere decir que desliguemos nuestra responsabilidad. Al contrario, yo me comprometo a realizar dinámicas en la celebración del vino.

—No veo algo mejor que este acercamiento —irrumpe la lideresa de las mujeres vigilantes.

—Qué mejor entendimiento que un acuerdo comercial en marcha —retoma el relacionista.

—Sin duda —concluye el hermano Coci—. Esto haría más digna la presencia de ustedes alrededor del monasterio.

Otro sábado más que se escucha el campanileo a las siete de la noche. Es la señal para que los monjes terminen de cenar, recen la oración de gracias y se retiren al sótano para la ceremonia del vino.

—Nnn padre, hijo y spiritu santo.

—Te agradecemos Señor nuestra última acción del día —concluye el Superior bendiciendo a los monjes y se dispone a salir.

Los monjes se levantan y desfilan en silencio sin que falte uno que otro ocurrido que ensaye el lenguaje de las señas, para asegurarse con otros los mejores asientos de la reunión. Al cabo de un momento, el recorrido por los amplios corredores de piedra confluye en un túnel donde toman antorchas para descender hasta las innumerables bibliotecas, roperos y bodegas de vino.

—Buenas noches, hermano Capellán; buenas noches, hermano Capellán —corean los monjes como niños buenos al llegar al sitio en cuestión.

—Buenas noches, hermanos todos —les responde ceremoniosamente.

Los monjes toman ubicación detrás de sus asientos para escuchar el rito de pie, haciendo la señal de la cruz. Después todos se conectan en un solo coro que lo vuelven prolongadamente monótono, donde solo los ancianos pueden sentarse a dormir.

—Santos inmortales —pronuncia el monje Capellán.

—Santos inmortales —repiten todos.

—Permítannos que por vuestro intermedio...

—Permítenos que por vuestro intermedio.

—Nuestra santa congregación...

—Nuestra santa congregación.

—Reciba de tu santidad...

—Reciba de tu santidad.

—La añorada bendición... —todos bendicen el vino.

—¡Amén!, amén, amén.

Los monjes se sientan aliviados a esperar el reparto del vino. Unos ancianos siguen durmiendo y otros desfilan a sus habitaciones porque la ceremonia se ha tomado buena parte de la noche. Es el momento cuando los monjes de mediana edad se dedican a charlar cualquier otra cosa que no sea precisamente oración, muchos ni siquiera se ven las caras porque

están a media luz, pero es el momento para que el relacionista, en su sotana de monje, ponga atención a todo lo que le conviene.

—Cómo extraño al viejito relacionista cuando estaba lúcido —suspira un monje—. Lástima que se murió.

—Al menos él nos tenía al tanto de todo — comenta otro.

—Porque ahora solo los consentidos pueden enterarse del mundo circundante —ironiza otro monje desconocido.

—Eso no es cierto —salta el monje risueño—. Aquí no hay monjes más consentidos que otros.

—¡Un momento! —interviene el relacionista calmando los ánimos—. ¿Qué te interesaría conocer, hermano?

El monje desconocido se destapa la capucha para preguntar.

—Queremos saber si la paz del monasterio está amenazada desde fuera.

—Eso es irrelevante —interrumpe el monje risueño—. No tiene objeto discutir algo tan trivial entre copas.

—Yo les puedo explicar —se interpone el relacionista en tono conciliador—. En mi calidad de nuevo relacionista puedo afirmar que esas marginales pidieron amparo por un tiempo prudencial... y a cambio de eso nos dan vigilancia.

—¡Son arpías! —irrumpe un monje desquiciado—. ¿Me pueden explicar por qué no las desalojan

de aquí?, ¿o debo entender que es una señal del fin del mundo?

—No es para tanto, hermano —trata de aplacar el relacionista—. Tampoco que atentan contra la moral porque en la ciudad ya las tildaron de arpías para expulsarlas.

—Empiezo a sospechar que el anticristo vive entre nosotros —se pronuncia otro de los presentes.

—¡Oooh! —exclaman horrorizados los monjes silenciosos.

Todos se persignan a la vez y toman el último jarro de vino.

—Quiero que me entiendan que la única voz autorizada después del Superior soy yo —sorprende el relacionista a pesar de su juventud—. Las llamadas arpías no son arpías de verdad... solo un grupo de desamparadas que buscan refugio en alguna parte.

—¿Qué hay de verdad que el anticristo está entre nosotros? —insiste suplicante un monje miedoso.

—Debo entender que tu pregunta está en sentido figurado —puntualiza el relacionista—, porque esas mujeres a quienes llaman arpías solo piden comprensión de nuestra parte.

—¿Cómo se explica que un lugar de oración como el nuestro permita que un puñado de arpías se aproxime a nuestro feudo? —insiste alguien al borde de la desesperación.

—Ese es un tema tan delicado que prefiero no topar —aclara el relacionista—. La presencia de esas mujeres tiene sentido con la sensibilidad y tolerancia de todos.

—¿Por culpa de sus propios pecados o la acción del anticristo? —insiste el monje anónimo, provocando la risa de todos.

—Estás equivocado de principio a fin —retoma el relacionista—. ¿Qué pecados podrían cometer esas criaturas marginales?

La discusión se desvanece cuando vuelven a circular los jarros de vino en medio de la semioscuridad. Más o menos una hora después muchos monjes comienzan a salir porque las conversaciones se entrecruzan o las copas se le subió a la cabeza.

Todos los monjes han abandonado el recinto porque se escucha la cerradura que ponen afuera, pero la conversación sigue mientras avanzan por los pasillos.

—¿Ellas se quedarán aquí toda la vida? —pregunta un monje asustado.

—Solo lo necesario —responde el relacionista—. Hasta que los superiores se den cuenta que su acompañamiento es suficiente.

—Yo no creo que el monasterio necesite esa protección —se escucha de algún monje que está más cuerdo de todos.

—Eso es cuestión de perspectiva —asevera el relacionista—. Puede ser intrascendente en ciertos casos, pero necesario cuando estemos en aprietos.

—¡Baaah! —se resisten algunos a seguir escuchando y se alejan por otro lado.

Muchos monjes se quedan en sus habitaciones porque ya están mareados o su desequilibrio no les permite entender absolutamente nada.

—¿Por qué se permitió un nido de arpías en nuestro vecindario? —insiste uno que otro monje sin darse cuenta de que acompañan al relacionista hasta sus habitaciones.

El relacionista saca la llave de tubo del bolsillo, abre la puerta y les cierra en la cara, dejando a todos con la palabra en la boca.

“No se sabe cuántas voluntades habitan este monasterio”, piensa el relacionista en el desvelo de la madrugada, “¿cómo podría estimar la rentabilidad del vino si no tengo a la mano cuántos monjes están ligados a la producción?, ¿cuántos monjes de mediana edad se dedican a la oración perpetua y cuántos vegetan en sus claustros?”. “Contaremos con los jóvenes porque los de la oración son vacas sagradas que solo se ubican en la celebración del vino o... ¡la celebración del santo patrono!, que me advirtió el hermano Coci para la próxima semana”.

El día del festejo, que es nuevo para el relacionista, todos se han convocado sin un recordatorio por alguna parte. Para la celebración del santo patrono se

exhiben regalos y el vino que nunca puede faltar en el salón de eventos especiales.

—El patrono del monasterio está en nuestros corazones para celebrar su aniversario —anuncia el monje capellán—, y como ya es costumbre, que pasen a primera fila los colaboradores que llegaron este año, los del anterior a la segunda, y así sucesivamente.

El hermano Coci se ubica en segunda fila entre otros monjes jóvenes. Pero en primera fila solo el relacionista a quien pocos conocen y se diferencia del resto por no llevar sotana, volviéndolo blanco de todas las miradas.

—Aquí tenemos al nuevo relacionista —presenta el monje capellán que oficia la ceremonia—. Reemplaza al viejito que falleció hace poco... estará a cargo de las relaciones internas, la diplomacia y el manejo de la bitácora.

En eso se acerca un monje anciano con cara de alelado, con una pequeña Biblia llena de minúsculas viñetas, que supuestamente señalan todos los eventos evangélicos, y le entrega como recuerdo.

—Todo mi esfuerzo para que encuentres lo que busca tu espíritu —recita el anciano enseñando a los presentes su delicado trabajo—. Todo para que no pierdas el rumbo.

El relacionista guarda en el bolsillo su inquietante regalo, regresa a sentarse, y cuando todo termina, busca al hermano Coci para transmitirle su sorpresa.

—¿Qué me dices de esto? —le muestra el regalo de bienvenida—. ¿Algún significado especial o lo dilucido yo mismo?

—Nada del otro mundo —sonríe el joven monje—. Una simple manía del viejito bibliotecario que siempre entrega lo mismo a los recién llegados.

De nuevo con la luz del día, el relacionista se aproxima a las bodegas de mora silvestre, a los calderos de la cocina y a la sala del envasado.

—¿Qué lo trae por aquí, amigo relacionista? —le sorprende un monje fornido con delantal de cuero—. ¿Quiere probar el vino o conocer sus instalaciones?

—Todo lo que sea posible, por supuesto —responde alegremente el recién llegado.

El monje fornido que dirige esa fabricación le explica como buen anfitrión el procedimiento del vino en todas sus instalaciones.

—¿Cuántos monjes trabajan en este proceso? —pregunta el relacionista.

—Depende —responde el monje que dirige la producción—. Son muchos jóvenes que se apuntan porque los viejos solo se refugian en la oración o en categorizar el vino como lo hago yo.

—Ellos le dan vida a todo —comenta el relacionista—. Cuando llegué por primera vez me sorprendí de que hubiera un claustro solo habitado por jóvenes, hasta que llegó la tarde y pude observar los corredores y oratorios con la marca del monasterio clásico.

—Tratamos de mantener equilibrio entre la ocupación y el entretenimiento —sonríe el monje del vino.

—¿Todo para el consumo interno o también lo envían para afuera? —sondea el panorama.

—La mayor parte para el consumo y, cuando hay excedentes, se lo envía al mercado.

El relacionista se da modos por conversar sin alterar el trajín del monje.

—Supongo que usted nunca faltará a la ceremonia del vino, ¿no es así? —ironiza el relacionista.

—Todo lo contrario —asevera el monje fortachón—. Esas ceremonias solo sirven para el chisme y alguna confrontación casual.

—¿A qué se refiere con eso? —se sorprende el relacionista.

—Con el tiempo usted tendrá la respuesta —tiene que despedirse porque una paila de fruta empieza a derramar su contenido.

CAPÍTULO V

No hay duda de que el relacionista amaneció con pie izquierdo porque todo le sale mal. Eso lo asume desde que tropieza con la cama y se agacha a sobarse el remellón donde encuentra una carta que la habían dejado sobre la alfombra. Observa con cuidado temiendo que le mordiera y luego la recoge para llevarla a leer con el hermano Coci.

—*“Hay que enderezar el timón que lo estamos perdiendo”* —se lee en la primera línea a modo de título—. *“Muchos ojos están viendo cómo manejamos el tema de las arpías...”*. Menos mal que se refiere a las arpías, porque de lo contrario...

—Espera, espera —interrumpe el monje buscando en las paredes algún micrófono oculto—. Puede que haya binoculares observándonos desde los peñascos que abandonaron las arpías.

—No exageremos más de la cuenta —se molesta el relacionista—. Déjame terminar la lectura para comentar después. *“Estoy viajando a la Congregación de manera repentina, pero debo puntualizar lo siguiente: La acción humanitaria con las arpías era un reto para manejarlo con pinzas porque nuestra reputación está en juego. Me piden que cuanto antes nos quitemos ese peso de encima porque las arpías están afilando*

sus garras para algún golpe que podría dejarnos mal parados. Dedíquese todo el tiempo a imaginar algún recurso que las retire del paso. No me vaya a fallar”.

Los dos se fruncen a su manera porque les pone contra la pared, sobre todo, porque ya empezaban a entenderse con Draga, incluso en su primer acercamiento productivo.

—“Entendido, su excelencia. Haremos nuestro mejor esfuerzo para dar en el clavo porque conocemos de qué pata cojean ellas. Debe ser algo beneficioso para las partes, sin vencedores ni vencidos, sino todo lo contrario” —escribe en otra carta y lo coloca bajo la puerta del Superior.

Ellos salen desconcertados dejando que el tiempo haga su parte para enfrentar las cosas de mejor manera. Entre tanto Draga, ajena a lo que está pasando, logra reunir a sus compañeras en el “foramen de los ladrones” para ponerse de acuerdo en sus responsabilidades.

—Llegó la hora de la verdad —se pronuncia Draga—. Ya no podemos seguir dependiendo de los monjes.

—¡Bravo!, ¡así se habla! —grita efusiva una de las asistentes—. Al fin te convences de que nos dan de comer porquerías.

—Es verdad —se pronuncia otra—. A mí tampoco me gusta la comida que nos traen los monjes.

—No me están entendiendo —tiene que intervenir la lideresa—. Cuando digo “ya no podemos seguir

dependiendo de los monjes”, me estoy refiriendo a ser propositivas con una relación que nos beneficie a todos.

—¿Como cuál? —se interesan Duna y Brisa.

Las dos más cercanas le ponen atención, aunque las restantes se mantienen entre la resistencia y el sonambulismo.

—Se trata de recolectar moras para incrementar la fabricación de vino que por ahora solo alcanza para el consumo interno —explica ella con lujo de detalles—. De manera que se buscaría comercializar en la ciudad.

—Me parece aceptable —se emocionan las dos de siempre.

—¿Esos monjes están exigiendo que trabajemos más? —cuestiona enojada una de las sonámbulas.

Draga observa con mirada matadora, obligándola a retractarse, al menos con un prolongado silencio.

—¿Ven este escapulario que tengo en mi cuello? —cambia la estrategia por algo más emotivo—. Es el instrumento de comunicación más sensible que mantengo con mi madre. Ella quería que yo sea una mujer de bien.

—¡Ooooh! —exclaman todas con diferente estado de conciencia.

—¿A dónde quieres llegar con eso? —se sorprende Duna.

—Que mi madre pide que tomemos el camino correcto —observa a todas—. Y cuando me dice a mí, el mensaje es para cada una de ustedes. ¿Entendido?

La mención de la “doña” debe haberles caído como balde de agua fría porque todas hacen silencio como homenaje a su memoria.

—¿Qué nos exige que hagamos? —pregunta suavemente Brisa.

—Dejar el vicio del guanto para cumplir con los monjes —hace pausa Draga—. Y hablando de monjes...

Ese momento se acerca el hermano Coci seguido del relacionista al “foramen de los ladrones” donde ellas están reunidas.

—¿Qué milagro por aquí? —ironiza Draga.

Las demás arpiás se repliegan a las paredes porque no les tienen confianza.

—La verdad es que queremos conversar a solas contigo —advierde el relacionista.

Ellas entienden el mensaje y se retiran sin chistar, tratando de hacer el menor ruido posible, como si estuvieran en un lugar sagrado.

—No va a ser posible incrementar la producción porque consideran desacertado comercializar el vino ante los ojos de la gente —comenta el hermano Coci—. Lo siento, eso escapa de mis manos.

Draga siente que su terapia de recuperación pierde consistencia y busca otro accionar que mantenga la esperanza de alguna mejora.

—Si los superiores quieren evitar la crítica por lanzar al mercado su vino de consagrar —hace pausa Draga—. ¿Qué les parece si fabricamos una mínima producción de vino solo para el consumo nuestro?

—No entiendo —se pronuncia de inmediato el hermano Coci.

El relacionista, entre tanto, también trata de encontrarle lógica a esa propuesta.

—Nadie discute que somos altamente dependientes de los alucinógenos —busca la manera de sustentar lo suyo—, pero si cambiamos el hábito del guanto por el vino... podríamos tener una recuperación lenta pero segura.

—¿Qué me garantiza que esto tenga sentido?

—Solo el tiempo nos dará la razón —responde categórica ella—. Podemos apostar lo que sea.

Pero esa actitud empieza a incomodar al relacionista.

Aunque ellas son conscientes de que su propuesta está al margen de la ley, o al menos de la autoridad de los monjes, no hay otra salida que jugarse hasta que la inconsistencia del resto de arpías lo eche todo a perder. Entre tanto, fieles al compromiso, cada una entrega medio costal de fruta por día a los fabricantes de vino.

—Cambiamos nuestro vicio por otro más balanceado —propone Draga para mantener el medio optimismo que generó su primera mención—. En otras palabras, tomaremos vino en vez del alucinante guanto. Ese es el compromiso.

—¡Probemos!, nada perdemos probando —apoya Duna—. Pongámonos un mes de prueba para ver si nos acostumbramos.

En efecto, las mujeres empiezan a entregar su ración de moras para la fabricación del vino. Al principio no faltan las tentaciones por engañarse a sí mismas, asumiendo lo uno sin renunciar a lo otro. Hasta que se encuentran en los matorrales con la cabra del monte mordisqueando unas moras y la observan fijamente.

—¿Por qué me miran con ojos acusadores? —parece hablar la cabra—. Nosotros estuvimos aquí primero.

Pero a diferencia de lo que sucede en otros contextos, nadie intenta lanzarse a la yugular, sacarse los cueros al sol, o algo por el estilo. Al contrario, miran con ternura que dos crías de cabra se revuelcan en el pasto.

—Aquí tenemos suficiente para todos —habla la cabra rumiando una rama—. Alcanza para los que comen, para los que toman y para los que fuman.

—Estamos en proceso de regeneración —aclara Brisa de inmediato—. Ya no le entramos al guanto porque necesitamos algo más selectivo.

—Entonces... —traga la fruta para no seguir hablando con el hocico lleno—, aquí hay moras para hartarse y repartir.

—Solo queremos un poco para consumo propio —aclara Draga que está interesada en ver cómo se desenvuelven sus compañeras.

La cabra por poco se atraganta con esas palabras, mientras ellas hacen todo lo posible por aclarar el tema.

—Queremos cubrir el incremento de vino en el monasterio —completa Duna—. No sabemos si funcionará, pero ya empeñamos nuestra palabra.

La cabra deja de masticar y se queda con la cabeza levantada, mirando para todos lados como las suricatas. Al principio no se sabe si descubrió algún peligro cercano hasta que encuentra a su familia jugando alegremente en los matorrales y vuelve a conectarse con el tema que le ocupa.

—Si ustedes me aseguran de que dejarán el guanto por recolectar moras... —advierte la cabra—, nos encumbraremos con gusto al placer de esa vaina.

Así pasan los días, haciendo lo imposible por vencer la abstinencia, hasta que sus inconformes compañeras encuentran unas atractivas frutas parecidas al mortiño y se aprestan a saborear. El efecto alucinógeno es tal que enseguida les quita el hambre, y una sensación de felicidad las acompaña por largo rato.

—Esto es lo que me estaba faltando —grita furibunda una de ellas—. Algo que me guste y me despierte el deseo de vivir.

—¡A la mierda los pastores! —arroja el costal de moras una de ellas—. Ya no me someto a Draga ni a nadie más. Es más, desisto de mi turno en el monasterio.

—Nunca más ese par de atorrantes cruzándose en mi camino —murmura una de las más tímidas que empieza a sacar las uñas.

—Ya no más monasterio ni el riesgo de regresar a la ciudad con el ceño fruncido y el rabo entre las piernas —ratifica otra que nunca antes se atrevió a levantar la voz.

Las otras mujeres que nunca decían ni pío, se sienten envalentonadas buscando algún lugar para acomodarse y seguir mordiendo esas frutas adictivas, hasta que se encuentran con Draga aproximándose donde ellas.

—¡Así las quería ver! —les sorprende la lideresa—, con las manos en la masa y hablando pestes de mi persona.

Ese momento, la anónima que arrojó el costal y se encuentra con algunas dosis demás, se abalanza sobre ella arrancándole el escapulario que le dejó su madre para arrojarlo a los matorrales. Todas están tensas, pero Draga no puede contener su furia y la arrastra de los cabellos para obligarla a recoger su prenda y ponerla donde siempre estuvo.

—Esta es una advertencia para todas —las señala con el dedo a cada una de ellas—. Ya no necesito que ustedes hagan causa común conmigo. Agarren sus cuatro pendejadas y refúndanse donde puedan.

Draga da un paso adelante y traza una línea con la punta del zapato.

—De aquí para allá las adictas que se quedan —empuja a las inconformes—, y de aquí para acá quienes vienen conmigo. ¡He dicho!

La guerra está declarada y cada cual se atrinchera donde mejor puede. La lideresa de las vigilantes que empieza a desconfiar del relacionista, y el mismo relacionista que sospecha de ella como el brazo ejecutor que altera los senderos a la corriente de agua cristalina. El relacionista busca evidencias por la enmarañada ladera de moras silvestres que conducen a las cuevas donde encuentra algo inesperado.

—¡El turbante amarillo de Draga! —lo toma con dificultad de entre los espinos—. Esto me ayuda para que el misterio de su incursión se aclare.

Ese día el relacionista tiene dos importantes retos, visitar la fábrica de vino y, la otra, llegar al santuario de la planta protegida desde los matorrales de moras que abundan por ahí. Entonces se detiene y mira a los costados, por si asoma el hermano Coci o la misma Draga, y avanza por un sendero que conforme atraviesa no le conduce a nada o es una prueba de que se modificó su acceso. Pero justo cuando se dispone a regresar por alguna ruta conocida, aparece como fantasma el hermano Coci.

—¿Yyyyyy? —se sorprende el joven monje—. No me digas que vas en busca de la planta protegida.

—No, no, no. ¿Cómo crees? —tartamudea un poco—. Regresaba de la fábrica que está cerrada cuando me perdí. Solo me disponía a verificar una ruta segura.

Se podría decir que el hermano Coci tomó en serio la explicación del relacionista, pero ¿qué riesgo podría tener el santuario si ingresa por curiosidad?

—¿Y tú también qué haces por aquí? —arremete contra el hermano Coci.

—Estoy tratando de reubicar una manada de cabras silvestres que estropean a diario la plantación de moras —responde.

El hermano Coci toma una varita del matorral para dibujar en el piso el sendero que el relacionista debe coger para llegar al monasterio, y sigue su camino en dirección contraria al recién llegado. Mientras avanza por el sendero de regreso, escucha la risa de unas mujeres que no podían ser otras que las arpías. Entonces se aproxima a las corrientes cristalinas sin dejarse ver.

—Ya era hora de poner a Draga en su lugar —dice la vigilante radical que hace poco se enfrentó con ella para romper el vínculo de una vez por todas.

—Estás en lo cierto, Sulfa —comenta otra.

“Esa Sulfa es la pieza que faltaba en mi rompecabezas”, piensa el relacionista, “y me cae como anillo al dedo para darle su escarmiento a Draga”. Entonces decide asomarse.

—Acabo de perder la brújula para la roca de plantas exóticas —comenta suavemente—. ¿Alguien puede señalarme el sendero?

Ellas dejan de hacer cháchara y se asustan.

—¿Vienen persiguiéndonos por algo?

—De ninguna manera —responde sonriendo—. Solo que estoy perdido y necesito ayuda.

—¿Por qué no la pides a los monjes? —bromea Sulfa—. Sabemos perfectamente que eres uno de ellos.

Salen las desertoras de la corriente y se retiran en quema, excepto Sulfa que parece simpatizar con el relacionista.

—Debemos proteger el santuario de las manos que la acechan —sondea el relacionista.

Sulfa se siente iluminada por algo que le permitiría sacarse el clavo con Draga y no puede contener una sonrisa de satisfacción.

—La única manera de salvar las especies en extinción es cambiando de lugar el santuario —insiste el relacionista—. Aunque, viéndolo bien, mejor sería quitarnos a Draga de encima.

Ella se demora en responder porque parece estar fraguando algún contundente plan.

—Sería muy merecido que la expulsen de nuestra presencia —responde ella.

—Esa es la idea —hace pausa—. Es la única forma de mantener el santuario protegido como siempre debía estar.

Entre tanto, “parece que el monje y el relacionista sospechan que descubrieron el santuario porque nos evaden cada vez que pretendemos conversar”, piensa Draga, “quisiera explotar la cercanía de Brisa y Duna para conversar de estos temas, pero temo que nos descubran y todo se precipite en contra nuestra”. “Eso no quiere decir que si se da la oportunidad de escuchar sus diálogos no pongamos atención a lo que dicen, porque podría afectar a nuestra estancia”.

Pero esa oportunidad llega más pronto de lo esperado. El relacionista y el hermano Coci aparecen y se sientan sobre un tronco a descansar, Draga que está muy cerca y protegida de la maleza, saca provecho parando la oreja.

—Ojalá los gringos no se enteren de esto porque son capaces de quitarle del paso como sea —comenta el relacionista.

—En ese caso —dice bajito el hermano Coci para no asustar a los bichos de por ahí—, sería mejor que desaparezcan para evitar complicaciones.

—Porque apostaría que Draga conoce todos los vericuetos del santuario —asevera despacio el relacionista para que nadie más lo escuchara.

—¿Cómo? —sigue intrigado el hermano Coci—. ¿A qué momento podría ella dedicarse al espionaje y la guardianía a la vez?

—Creo que hicimos mal permitiendo la recolección de moras silvestres con ellas, porque ahora ven más allá del horizonte —se exclama el relacionista—. Yo diría que a cualquier momento saldrán volando como arpías.

—¿En qué sustentas ese alcance desmesurado?

El relacionista sonríe, mete la mano al bolsillo y saca el turbante amarillo que siempre cubrió la cabeza de Draga y lo gira en su dedo como hélice.

—Con razón que... —se detiene porque se le atropellan las preguntas—. ¿Dónde lo encontraste?

—Enredado en las plantas protegidas del santuario —sentencia y se ponen de pie para seguir su camino.

Draga hace todo lo posible por controlar las emociones que se le desbordan, pero aguarda unos minutos hasta que se pierden de vista.

Entre tanto, a poco de empezar la ronda, “tengo el presentimiento de que se nos viene la noche”, piensa Draga, “esta incertidumbre no me deja dormir”. En efecto, apenas sale el sol, llega el relacionista medio misterioso seguido del monje con un desayuno de medio pelo.

—¿Qué los trae por aquí? —se sorprende Draga de la seriedad del relacionista—. ¿Avizorando alguna novedad?

Pero el relacionista le hace señas para encontrarse en el mismo lugar de días anteriores. El hermano Coci deja el reparto a sus ayudantes y se dirigen, indistintamente, para no levantar sospechas de nadie.

—¿Dónde se metieron las otras vigilantes? — pregunta el relacionista a Draga—. Desde hace días solo observo a las tres.

—Parece que andan distraídas por ahí —responde ella—. Pero entiendo que ya les pasará el malgenio y volverán a cumplir su deber.

Los dos están contrariados, pero deben comentar a lo que vinieron.

—El monje portero acaba de chismearme algo preocupante —sorprende el relacionista—. Que llegaron tres gringos a reunirse con los jefes.

—Eso es nuevo para mí —se sorprende el hermano Coci.

—Y para mí también —sigue el relacionista—. ¿Se imaginan ustedes unas visitas sin protocolo ni relacionista que lo registre?

—¿No será que vinieron a pegarse un vinito de consagrar? —se aventura a comentar Draga—. Eso sería entendible.

—De ninguna manera —aclara el relacionista—. Siendo así no habría tanto misterio.

—Tienes razón —acepta Draga—. Aunque no debería extrañarnos porque dicen que el difunto acostumbraba a colocar sus binoculares cada vez que llegaban visitas extrañas.

El hermano Coci no había reparado esa realidad y se mantiene en silencio. “Tanta información represada podría traer consecuencias”, empieza a preocuparse, “y de seguro el relacionista estará pensando lo mismo”.

—Aunque entendiendo cuál sería el trasfondo —asume el relacionista—, estoy seguro de que algo se traen esas visitas misteriosas.

Al siguiente día las sorpresas ya no provienen del relacionista sino de las mismas tres mujeres.

—Hay tres caballos cerca del foramen que provocaron los ladrones cuando les capturamos —alerta Draga al relacionista—. Y por supuesto no hay rastro de sus jinetes.

—¿Qué opinan ustedes de ese particular?

—Que existe un bien orquestado plan para quitarnos del paso, eso está más claro que el agua —responde ella un tanto molesta—. Pero, aunque no pretendamos esquivar el embate del destino, desataremos las amarras de los caballos para que sepan que sí estamos sobre la jugada.

Días después, por la tarde, hay nuevas noticias de otra comitiva con equipos como si fueran a explorar el centro de la Tierra. Las tres sobrevivientes empiezan a entender que el mundo se les viene abajo y preparan la retirada en cuanto la situación se complique.

—Todo parece indicar que este cuento terminó —dice Draga con aplomo—. Las otras compañeras se quedaron entre alucinógenos nuevos y matorrales de guanto. Solo falta cerrar este capítulo y nos vamos.

—¿Algún contacto con el más allá? —pregunta preocupada su amiga Brisa.

—Algo así —sonríe como que encontró la fórmula salvadora—. Solo esperamos refuerzos.

Luego agarra el escapulario de su madre como si fuera un micrófono y empieza a comunicarse.

—¡Atención!, ¡atención! —hace pausa una y otra vez—. Estamos tres sobrevivientes en los peñascos frente al monasterio. Necesitamos un salvataje.

No hubo respuesta inmediata, pero conforme avanzaba la tarde, las uñas empezaron a crecerles como garfios, su anatomía a transformarse en seres de otros cuerpos, y los brazos se volvieron alas para salir volando.

Contenido

CAPÍTULO I	7
CAPÍTULO II	23
CAPÍTULO III.....	43
CAPÍTULO IV.....	75
CAPÍTULO V	89